

LEGADO ANCESTRAL · HISTORIA DE MÉXICO · VOLUMEN 11

La caída de Tenochtitlan, 1519-1521

Colibrí Digital Biblioteca

LEGADO ANCESTRAL · Historia de México · Volumen 11

La caída de Tenochtitlan, 1519-1521

Colibrí Digital Biblioteca

Investigación exhaustiva académica

Investigación: Esteban Gutiérrez A.

Editado por EGA

Colibrí Digital Biblioteca

Prólogo de la serie

La historia de los pueblos originarios de Mesoamérica ha sido contada, durante demasiado tiempo, desde la mirada del conquistador. Esta serie nace de la convicción de que solo comprendiendo la cosmovisión, la ciencia, el arte y la organización social de los mexicas desde su propia lógica interna podemos aproximarnos a su grandeza y a la tragedia de su caída.

Legado Ancestral. Historia de México es el resultado de una investigación exhaustiva y académica que ha bebido de las fuentes primarias —los códices— y de los trabajos fundamentales de la antropología y la arqueología mexicanas: Jacques Soustelle, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin y Ross Hassig, entre otros. No se trata de un relato más de sacrificios y guerras, sino de una inmersión profunda en el tejido civilizatorio que construyó el Imperio del Anáhuac.

La tesis que sostiene estos doce volúmenes es clara: la grandeza de la cultura mexica no residió únicamente en su poderío militar, sino en su excepcional capacidad para crear una síntesis civilizatoria. En apenas dos siglos, los mexicas forjaron un Estado imperial complejo que articuló una cosmovisión religiosa estructurada, una ingeniería social de castas y gremios, un sistema económico de tributos meticulosamente registrado y una vida cotidiana profundamente ritualizada, todo ello en el entorno lacustre de Tenochtitlan. Su

caída no fue el fin de una cultura bárbara, sino el abrupto asesinato de una civilización en pleno desarrollo, cuyo legado perdura en la identidad mexicana actual.

Cada volumen de la serie profundiza en un capítulo de esa historia: el origen y la fundación, la ciudad prodigiosa, el pensamiento religioso, el panteón y el sacrificio, el Estado, la sociedad, el tributo, la vida cotidiana, la ciencia y la guerra, los códices, la conquista y, finalmente, el legado. Cada libro incluye su propio índice, ilustraciones, un glosario de términos en náhuatl, una línea de tiempo y una bibliografía comentada, para que pueda leerse de forma independiente o como parte del conjunto.

Que este trabajo sirva para reivindicar la memoria de un pueblo que fue asesinado en la plenitud de su desarrollo, y para que las nuevas generaciones conozcan, con rigor y con orgullo, las raíces de México.

Investigación: Esteban Gutiérrez A.

Editado por EGA

Capítulo 1. La llegada: hombres del oriente, 1519

La armada rebelde

El 10 de febrero de 1519, once navíos zarparon del puerto de Santiago de Cuba hacia el poniente. A bordo iban quinientos ocho españoles, dieciséis caballos, catorce piezas de artillería, treinta y dos ballesteros y trece arcabuceros. Los comandaba un hombre de treinta y tres años, hidalgo extremeño de Medellín, llamado Hernán Cortés. Lo que nadie sabía —ni siquiera sus propios hombres— era que aquel hombre navegaba en rebelión. El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, había ordenado detener la expedición en el último momento; Cortés partió de noche, desobedeciendo la orden escrita de su propio jefe. Aquella fuga convertiría una expedición comercial en una empresa de conquista: sin licencia del gobernador, la única forma de que los hombres de Cortés no fueran tratados como criminales era conseguir un triunfo tan grande que el rey de España lo legitimara. Desde el primer día, la conquista de México fue una apuesta desesperada.

Durante dos años, las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y de Juan de Grijalva (1518) habían traído noticias de una tierra al occidente donde abundaba el oro y donde se alzaban ciudades de piedra. Los mayas de la costa les habían

hablado de un gran imperio tierra adentro, rico en tributos y en prisioneros. Cortés no inventó el destino: lo eligió con el ojo del tahúr. Y para ganarse a sus hombres hizo algo que ningún capitán anterior se había atrevido a hacer: les leyó sus sueños en voz alta. Les prometió que no venían a comerciar baratijas, sino a tomar un imperio.

La travesía por el Caribe tuvo sus propias estaciones. En Cozumel, los españoles rescataron a un hombre que llevaba ocho años viviendo entre los mayas: Jerónimo de Aguilar, náufrago de una expedición anterior, que había aprendido la lengua maya y ahora servía de intérprete. En la costa de Tabasco, después de la batalla de Centla contra los mayas chontales, los señores vencidos le ofrecieron a Cortés veinte mujeres esclavas. Una de ellas, una joven de unos dieciocho años llamada Malinalli, hablaba náhuatl y maya. Nadie entonces pudo adivinar que aquella muchacha esclava sería la pieza más importante de toda la conquista, más decisiva que los cañones y que los caballos.

El Viernes Santo de 1519, 19 de abril, la flota fondeó frente a la costa de Chalchihuecan. Al día siguiente, Sábado Santo, los españoles desembarcaron en la playa que llamaron San Juan de Ulúa. Las noticias corrieron tierra adentro con la velocidad de los correos mexicas. Moctezuma Xocoyotzin, el tlatoani que gobernaba el imperio desde Tenochtitlan, ordenó enviar embajadores con regalos. Lo que sigue es uno de los episodios más contados y peor entendidos de la historia de América.

El imperio dividido

Para entender lo que pasó después hay que entender el imperio que los españoles encontraron. Los mexicas no gobernaban un

territorio uniforme ni una nación unida. Su imperio era una Triple Alianza —Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan— que dominaba a unos cuatrocientos señoríos tributarios repartidos por el centro y el sur del México actual. El sistema funcionaba por tributo, no por ocupación: los pueblos vencidos seguían gobernándose a sí mismos mientras pagaran puntualmente su cuota de maíz, cacao, mantas, plumas y esclavos. El poder mexica se sostenía en la amenaza de la represalia militar, no en una administración centralizada ni en una lealtad compartida.

Esa arquitectura tenía una grieta enorme: el resentimiento. Cada pueblo tributario recordaba el día en que los ejércitos mexicas habían llegado a exigirle obediencia, el día en que sus guerreros habían sido llevados como prisioneros para los sacrificios del Templo Mayor. La Triple Alianza se había expandido durante apenas noventa años, un abrir y cerrar de ojos en términos históricos, y su dominio estaba lejos de ser aceptado. Había regiones enteras que nunca habían sido sometidas: la más importante era Tlaxcala, una confederación de cuatro señoríos que resistía desde hacía más de un siglo en un enclave montañoso al oriente del valle de México. Los mexicas la asediaban con las llamadas guerras floridas, campañas rituales para capturar prisioneros, pero jamás lograron conquistarla. Los tlaxcaltecas odiaban a los mexicas con un odio cultivado durante generaciones.

Y había algo más, invisible para los españoles pero decisivo: la salud del imperio. El gobierno de Moctezuma Xocoyotzin, que había subido al trono en 1502, atravesaba una etapa de tensión interna. El tlatoani había concentrado el poder, desplazado a antiguos consejeros y aumentado la carga tributaria. Las rebeliones de pueblos sometidos se multiplicaban: se rebelaron los de

Cuetlaxtlan, los mixtecos, los de la costa del Golfo. En los años previos a 1519, el imperio gastaba más energía en reprimir a sus propios súbditos que en expandirse. El gran imperio mexicano era una olla a presión, y los españoles —sin saberlo— llegaron justo cuando la tapa empezaba a levantarse.

Este es el primer pilar de la tesis que sostiene este libro: los españoles no vencieron a un imperio unido y en plenitud. Encontraron un imperio fracturado, rodeado de enemigos que esperaban la primera oportunidad para venganza. La conquista fue, antes que una guerra entre europeos e indígenas, una guerra civil mesoamericana en la que un puñado de europeos supo ponerse del lado correcto.

Veracruz y la Villa Rica

El 22 de abril de 1519, Cortés fundó en la costa un asentamiento: la Villa Rica de la Vera Cruz. La fundación no fue un acto administrativo inocente: fue un golpe de Estado jurídico. Al crear un cabildo —un ayuntamiento a la española—, Cortés logró que aquel cabildo, formado por sus propios hombres, lo nombrara capitán general y justicia mayor, dependiendo directamente del rey y no del gobernador de Cuba. Con esa maniobra legal, la rebelión contra Velázquez quedó disfrazada de obediencia al monarca. Los hombres de Velázquez que protestaron fueron arrestados. Cortés, el fugitivo, se convirtió en representante de la Corona por decreto de sus propios subordinados.

Poco después llegaron los emisarios de Moctezuma. La escena quedó registrada en las cartas de Cortés y en los testimonios de los conquistadores: los embajadores mexicanos desplegaron ante los españoles mantas finísimas, penachos de plumas de quetzal,

objetos de oro y plata trabajados con una maestría que dejó pasmados a los europeos. Entre los regalos venía un disco de oro del tamaño de una rueda de carreta que representaba al sol, otro de plata que representaba a la luna, y armaduras ceremoniales. Los españoles, que hasta entonces solo habían visto el oro en pepitas y en polvo, descubrieron que en aquella tierra el metal precioso se convertía en arte. El efecto fue el contrario del que Moctezuma esperaba: en lugar de saciar la codicia de los recién llegados, los regalos la encendieron. Bernal Díaz del Castillo, el soldado cronista, escribiría años después que al ver aquellas riquezas los hombres se quedaron "espantados" y se preguntaron si en el mundo había otro reino como aquel.

Pero los embajadores traían también un mensaje claro: el tlatoani les pedía a los extranjeros que no avanzaran tierra adentro. Les ofrecía tributo anual a cambio de que se quedaran en la costa o se marcharan. Cortés respondió con cortesía y con mentiras: dijo que venía como embajador del rey más poderoso del mundo y que no podía regresar sin ver personalmente al gran señor Moctezuma. La diplomacia se había convertido en un pulso: cada bando estudiaba al otro, medía sus fuerzas y ganaba tiempo.

En la costa, mientras tanto, Cortés tejía su primera alianza indígena. Los totonacas de Cempoala, pueblo tributario de los mexicas que resentía el yugo, recibieron a los españoles con los brazos abiertos. Su señor, Xicomecóatl —a quien los españoles apodaron "el cacique gordo"—, les contó las vejaciones que sufría su gente: los recaudadores mexicas se llevaban el maíz, las mujeres y los hijos para el sacrificio. Cortés hizo algo muy astuto: cuando llegaron los recaudadores mexicas a cobrar el tributo, ordenó apresarlos. Fue un acto de guerra abierta contra el imperio, ejecutado con manos

ajenas: los totonacas, alentados por los españoles, se negaron a pagar. La rebelión totonaca fue la primera grieta visible del imperio, y la abrieron los propios mexicas con su sistema de tributos opresivos. Cortés solo tuvo que empujarla.

En agosto de 1519, Cortés tomó la decisión más famosa de su vida: ordenó barrenar —inutilizar— sus propios navíos. La historia popular dice que "quemó las naves", aunque en realidad las dismanteló y hundió para aprovechar la madera y el hierro. El gesto era inequívoco: no habría retirada. Sus hombres, quisieran o no, tendrían que vencer o morir. Con unos cuatrocientos españoles y varios cientos de aliados totonacas, Cortés emprendió la marcha hacia el interior. Iba a buscar a los enemigos de sus enemigos. Iba a buscar a Tlaxcala.



Moctezuma Xocoyotzin: retrato del tlatoani

Para juzgar a Moctezuma hay que conocerlo, y conocerlo exige despojarlo de cinco siglos de leyenda —la del cobarde paralizado por la profecía y la del tirano que merecía caer—. El hombre real fue uno de los gobernantes más capaces y más trágicos de la historia americana.

Moctezuma Xocoyotzin —"el Joven", para distinguirlo de su abuelo

Moctezuma Ilhuicamina— nació hacia 1466, hijo del tlatoani Axayácatl. Se formó como guerrero y como sacerdote: combatió en las guerras de expansión de su tío Ahuízotl y sirvió en el templo, una carrera dual típica de la nobleza mexicana. Cuando el consejo lo eligió tlatoani en 1502, a los treinta y seis años, era un hombre en la plenitud de sus fuerzas, culto, disciplinado y ambicioso.

Su reinado —dieciocho años— fue el de un reformador centralizador. Moctezuma reorganizó la administración imperial: sustituyó a los viejos caudillos militares por funcionarios leales, profesionalizó la recaudación de tributos, reforzó el poder del tlatoani frente a la nobleza y llevó el ceremonial de la corte a un refinamiento sin precedentes. Expandió el imperio hasta sus límites máximos: bajo su mando, los ejércitos mexicanos llegaron a las costas del Golfo y del Pacífico, sometieron a los mixtecos y zapotecos y llevaron la frontera imperial más lejos que nunca. Tenochtitlan, bajo su gobierno, se convirtió en la metrópoli más rica y más poblada del continente. Hasta 1519, Moctezuma era —con justicia— considerado el gobernante más poderoso de Mesoamérica.

Pero sus reformas crearon enemigos. La vieja nobleza guerrera, desplazada del poder, lo resentía. Los pueblos sometidos, exprimidos por una tributación cada vez más pesada, se rebelaban con frecuencia creciente. Y su propio estilo de gobierno —distante, ceremonioso, casi divino— lo aislaba de la realidad: rodeado de cortesanos que solo le decían lo que quería oír, Moctezuma perdió el contacto con el descontento que crecía en las provincias y en su propia corte.

Frente a los españoles, Moctezuma cometió errores reales, pero fueron errores de información, no de carácter. Subestimó la amenaza porque nadie en su mundo había enfrentado una amenaza

como aquella: unos extranjeros que no querían tributo ni vasallaje, sino la destrucción total del orden existente. Su estrategia —ganar tiempo con regalos y embajadas mientras reunía información— era racional y era la que había funcionado contra todos los enemigos anteriores. El problema es que el tiempo jugaba a favor de los españoles: cada mes que pasaba, Cortés tejía más alianzas y Moctezuma perdía más autoridad.

El Moctezuma prisionero —el de los últimos meses— es la figura más patética y más humana de esta historia. Un hombre que había sido tratado como un dios, reducido a gestionar su propio cautiverio: recibía a los españoles con cortesía, daba órdenes que sabía inútiles, intentaba mantener las apariencias ante un pueblo que ya lo despreciaba. Cuando murió —apedreado por los suyos o estrangulado por sus captores—, murió solo, sin haber comprendido del todo qué había destruido su imperio. La historia lo recuerda como el tlatoani que perdió México; sería más justo recordarlo como el gobernante que enfrentó lo imprevisible con las únicas herramientas que su mundo le había dado, y que no fueron suficientes.

Los presagios: cuando el cielo avisa

Las fuentes mexicas recogidas por Sahagún enumeran ocho presagios funestos que habrían anunciado la llegada de los españoles en los años previos a 1519: una espiga de fuego en el cielo nocturno —probablemente un cometa— que ardió durante un año; el incendio espontáneo del templo de Huitzilopochtli, que el agua no podía apagar; un rayo que cayó sobre el templo de Xiuhtecuhtli sin que se oyera trueno; un fuego que corrió de poniente a oriente por el cielo; el hervor de la laguna, cuyas aguas

se agitaron sin viento; el llanto nocturno de una mujer que gritaba "¡hijos míos, ya nos perdemos!"; la captura de un ave extraña con un espejo en la cabeza donde Moctezuma vio guerreros en el cielo; y la aparición de hombres deformes, de dos cabezas, que se desvanecían al ser llevados ante el tlatoani.

¿Ocurrieron realmente? Es imposible saberlo, y en cierto sentido no importa. Lo que importa es que los mexicas —o al menos los ancianos que contaron estas historias cincuenta años después— necesitaron creer que la catástrofe había sido anunciada. Los presagios cumplen una función psicológica profunda: convierten un desastre incomprensible en un destino legible. Si los dioses avisaron, entonces la derrota no fue un accidente ni una culpa: fue el cumplimiento de un orden cósmico. Es la misma lógica que lleva a los pueblos derrotados a decir "estaba escrito".

Pero hay que leer los presagios también como un documento político. ¿Quién contaba estas historias y para qué? Los informantes de Sahagún eran ancianos tenochcas que habían sobrevivido a la conquista y vivían en la Nueva España colonial, bajo el dominio de los frailes. Contar que los dioses mexicas habían anunciado a los españoles era una forma de congraciarse con los vencedores: implicaba que la victoria española era voluntad divina, lo que hacía más digerible la derrota y más legítima la evangelización. Los frailes, por su parte, difundieron los presagios con entusiasmo, porque les servían para predicar: "hasta vuestros propios dioses anunciaron nuestra llegada".

Despojados de su función apologética, los presagios revelan algo verdadero y conmovedor: el estado de ánimo del imperio en vísperas de la catástrofe. Un imperio que se siente seguro no inventa presagios funestos; los inventa —o los recuerda, o los

exagera— cuando ya intuye que algo anda mal. Los años previos a 1519 fueron años de malas cosechas, de rebeliones, de un tlatoani cada vez más encerrado en su ceremonial. La ansiedad colectiva buscó una salida en el cielo. Y cuando llegaron los españoles, la ansiedad encontró su explicación retroactiva: "ya nos lo habían avisado". Los presagios no predijeron la conquista; la conquista, al ocurrir, les dio sentido a los miedos previos.

Quiahuiztlán: el primer acto de guerra

Poco después de fundar la Villa Rica, Cortés marchó con sus hombres a Quiahuiztlán, un pueblo totonaca fortificado en lo alto de un cerro, aliado de Cempoala. Allí ocurrió un episodio aparentemente menor que en realidad fue el primer acto de guerra abierta contra el imperio mexica —y una muestra perfecta del método de Cortés.

Estando los españoles en Quiahuiztlán llegaron cinco recaudadores de tributos mexicas, con sus insignias imperiales, a exigir a los totonacas el pago acostumbrado. Los totonacas, atemorizados, los recibieron con la humildad de siempre. Cortés, que observaba la escena, ordenó a sus hombres apresar a los recaudadores. Los totonacas quedaron horrorizados: apresar a un recaudador imperial era rebelión, y la rebelión se castigaba con el exterminio. Pero Cortés no se detuvo ahí: aquella noche, en secreto, ordenó liberar a dos de los prisioneros y los envió de vuelta a Moctezuma con un mensaje: él no había ordenado el arresto, había sido cosa de los totonacas, y él —Cortés— seguía siendo amigo del tlatoani.

Era una jugada maestra de duplicidad. Ante los totonacas, Cortés aparecía como su protector contra el imperio; ante Moctezuma, como un amigo que había intentado evitar el incidente. Los

totonacas, comprometidos ya en la rebelión —habían participado en el arresto—, no tenían marcha atrás: o seguían con los españoles o enfrentaban la venganza mexicana solos. Cortés los había atado a su causa con un nudo que no podían deshacer. Es el mismo método que usaría una y otra vez: comprometer a sus aliados en actos irreversibles para que la alianza no pudiera romperse.

El episodio de Quiahuiztlán también revela la psicología del imperio en decadencia. Los recaudadores mexicanos llegaron con la arrogancia de siempre, sin escolta militar significativa, confiados en que el mero prestigio imperial bastaba. No comprendieron que el mundo había cambiado: que unos extranjeros armados estaban reescribiendo las reglas. El imperio seguía actuando como si nada hubiera pasado, cobrando tributos en una costa donde ya ondeaba otra bandera. Esa ceguera institucional —la incapacidad de adaptarse a una amenaza nueva— sería una constante mexicana hasta el final. Mientras Cortés improvisaba, innovaba y traicionaba con creatividad, el imperio repetía los gestos de siempre, cada vez más vacíos.

Los conquistadores: quiénes eran en realidad

Conviene deshacer un malentendido persistente: los hombres de Cortés no eran un ejército. España no envió una fuerza militar profesional a conquistar México; lo que llegó fue una compañía de aventureros endeudados, organizada como una empresa comercial de riesgo. Cada hombre había invertido en la expedición: su caballo, sus armas, su parte de los víveres. Los capitanes habían pedido préstamos a mercaderes de Cuba. Si la empresa fracasaba, la ruina era personal. Esa estructura económica explica la ferocidad de la conquista mejor que cualquier ideología: aquellos hombres no

peleaban por el rey ni por la cruz en primer lugar; peleaban por no perderlo todo.

¿Quiénes eran? En su mayoría hidalgos de segunda fila —el escalón más bajo de la nobleza—, campesinos, artesanos y soldados veteranos de las guerras de Italia y de la Reconquista. La edad promedio rondaba los treinta años. Muchos habían llegado al Caribe buscando el oro fácil y habían encontrado, en cambio, una economía de encomiendas donde unos pocos se enriquecían y la mayoría sobrevivía. Cortés mismo era el prototipo: hidalgo extremeño sin fortuna, escribano y encomendero en Cuba, endeudado hasta el cuello, con fama de mujeriego y de pendenciero. Su genio no era militar en el sentido clásico —nunca había comandado un ejército en una batalla formal—; su genio era político y psicológico: sabía leer a los hombres, sabía mentir con convicción y sabía convertir la desesperación ajena en lealtad.

El armamento español merece una descripción honesta, porque sobre él se ha construido el mito de la superioridad tecnológica. Los españoles traían catorce piezas de artillería pequeñas —falconetes y culebrinas—, trece arcabuces y treinta y dos ballestas. Los arcabuces de la época eran armas torpes: tardaban un minuto o más en recargarse, fallaban con la humedad y su alcance efectivo era corto. Las ballestas eran más fiables, pero lentas. La artillería servía sobre todo para el efecto psicológico del estruendo. Las verdaderas ventajas españolas eran tres, y ninguna era mágica: las espadas de acero toledano —que cortaban donde las macanas de madera con navajas de obsidiana se embotaban—, los caballos —dieciséis al principio, cuya velocidad y masa eran desconocidas en Mesoamérica— y las armaduras de metal y de algodón acolchado, que detenían flechas y piedras. Pero dieciséis caballos

no conquistan un imperio, y las espadas se rompen. Lo que conquistó el imperio fue lo que esos hombres llevaban en la cabeza: la experiencia de la Reconquista —ocho siglos de guerra contra un enemigo culturalmente distinto—, la noción de guerra total y, sobre todo, la disposición a aliarse con quien fuera necesario. Los mexicas jamás habían hecho la guerra de esa manera.

El imperio en 1519: apogeo y grietas

El imperio que gobernaba Moctezuma Xocoyotzin en 1519 era, en muchos sentidos, la culminación de la civilización mesoamericana. En menos de un siglo, los mexicas habían pasado de ser un pueblo recién llegado al valle de México a dominar un territorio de unos doscientos mil kilómetros cuadrados, con una población estimada entre cinco y seis millones de personas. La Triple Alianza —Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan— había sometido a unos cuatrocientos altepetl, señoríos locales que pagaban tributo. La Matrícula de Tributos, el documento administrativo que registraba esas obligaciones, detalla un sistema de una sofisticación asombrosa: cada pueblo sabía exactamente cuánto maíz, cuántas mantas de algodón, cuánto cacao, cuántas plumas de quetzal y cuántos guerreros debía entregar, y cuándo. Los pochtecas, los mercaderes de larga distancia, funcionaban además como espías del imperio, informando al tlatoani de la situación en las provincias.

Moctezuma II había subido al trono en 1502, a la muerte de su tío Ahuízotl. Era un gobernante reformista y centralizador: desplazó a la vieja nobleza militar, elevó a administradores de su confianza, reforzó el ceremonial de la corte hasta convertir al tlatoani en una figura semidivina —nadie podía mirarlo a la cara ni darle la espalda—, y expandió el imperio hasta sus límites máximos,

llegando a las costas del Golfo y del Pacífico. Bajo su gobierno, Tenochtitlan se convirtió en la ciudad más grande y más rica del continente.

Pero la expansión tenía un costo, y en 1519 las facturas se estaban acumulando. El sistema tributario, eficiente en el papel, era brutal en la práctica: los recaudadores imperiales —los calpixques— exigían cada vez más, y los pueblos sometidos respondían con rebeliones cada vez más frecuentes. En los años previos a la llegada de los españoles se habían rebelado los mixtecos, los de Cuetlaxtlan, varios señoríos de la costa del Golfo y pueblos del occidente. Cada rebelión exigía una expedición punitiva, y cada expedición punitiva dejaba un reguero de resentimiento. El imperio estaba sobreextendido: dominaba mucho territorio con muy poca administración directa, sosteniéndose sobre el miedo.

Había además una fractura en la cúspide. La Triple Alianza no era un bloque monolítico: Texcoco, la segunda ciudad de la alianza, vivía una crisis sucesoria. A la muerte del gran Nezahualpilli en 1515, sus hijos Cacamatzin e Ixtlilxóchitl se disputaron el trono; Moctezuma impuso a Cacamatzin, su sobrino, lo que humilló a Ixtlilxóchitl y a sus partidarios. Texcoco —la Atenas del Anáhuac, la ciudad de los sabios— quedó dividida y resentida. Cuando Cortés llegó, Ixtlilxóchitl veía en los españoles la oportunidad de su venganza, y aportaría a la coalición conquistadora miles de guerreros texcocanos y, lo que es más importante, el control de la orilla oriental del lago. La conquista se alimentó de las divisiones internas del imperio tanto como de las rebeliones externas.

Y por si fuera poco, la naturaleza también conspiraba. Los años previos a 1519 habían traído malas cosechas y hambrunas en varias regiones; los presagios —reales o inventados después—

hablaban de cometas, incendios y llantos nocturnos. Un imperio que se cree protegido por los dioses empieza a dudar cuando los dioses guardan silencio. Moctezuma gobernaba el imperio más poderoso de Mesoamérica, sí, pero era un poder hueco por dentro: temido, no amado; obedecido, no seguido. Los españoles no derribaron un roble sano; empujaron un árbol carcomido.

Los mensajeros y el miedo de Moctezuma

¿Qué pensaba Moctezuma mientras todo esto ocurría? Las fuentes mexicas, recogidas décadas después por fray Bernardino de Sahagún en el Códice Florentino, describen a un tlatoani angustiado, que enviaba magos y adivinos a espiar a los extranjeros y que recibía informes cada vez más alarmantes: hombres blancos y barbudos, animales enormes que llevaban jinetes encima, palos que tronaban y mataban a distancia. Algunas versiones cuentan que Moctezuma intentó detener a los españoles con hechicería, enviando hechiceros contra ellos, y que los hechiceros regresaron diciendo que nada podía hacerse.

Hay que leer estos relatos con cuidado. Fueron recogidos por frailes españoles de boca de ancianos mexicas cincuenta años después de los hechos, cuando la derrota ya era un trauma colectivo y cuando convenía explicar la catástrofe como designio de los dioses. Pero incluso descontando la leyenda, el retrato de fondo es verosímil: Moctezuma gobernaba un imperio acostumbrado a que el mundo funcionara según reglas conocidas —los enemigos venían de pueblos conocidos, con armas conocidas, por motivos conocidos— y de pronto apareció un enemigo que no encajaba en ninguna categoría. No eran dioses, como a veces se ha dicho con ligereza; eran algo peor: eran impredecibles.

La indecisión de Moctezuma ha sido juzgada con dureza durante cinco siglos. Se le ha llamado cobarde, supersticioso, paralizado por la profecía. Es un juicio injusto y anacrónico. Moctezuma actuó como actuaría cualquier gobernante prudente ante una amenaza desconocida: envió embajadas, ofreció regalos para ganar tiempo, intentó sobornar a los intrusos para que se fueran, reunió información y evitó provocar una guerra abierta antes de conocer la fuerza real del enemigo. Su error no fue la cobardía, sino la subestimación: creyó que unos cuantos cientos de extranjeros podían ser manejados con diplomacia, como se manejaba a cualquier señorío rebelde. No comprendió —nadie en su lugar habría comprendido— que aquellos hombres no venían a negociar un lugar dentro del orden mesoamericano, sino a destruir ese orden por completo.

Mientras los españoles marchaban hacia Tlaxcala, Moctezuma seguía enviando regalos. Cada envío de oro confirmaba a los españoles que iban por buen camino. El tlatoani, sin saberlo, financiaba con su propia generosidad la codicia que lo destruiría.

Cuba, 1518-1519: la trastienda de la expedición

Para entender la conquista de México hay que mirar primero a Cuba, porque la expedición de Cortés no nació en España sino en el Caribe, y heredó todos los vicios del mundo colonial antillano. En 1519, Cuba llevaba apenas ocho años colonizada: Diego Velázquez había sometido la isla entre 1511 y 1514 con una brutalidad que despobló a los taínos en una generación. El modelo económico era la encomienda: unos pocos colonos recibían pueblos enteros de indígenas para explotarlos en las minas de oro y en las haciendas. El oro cubano —aluvial, fácil de extraer— se estaba agotando, y una

generación de colonos endeudados y ambiciosos buscaba desesperadamente una nueva frontera donde enriquecerse.

Velázquez era el amo de ese mundo: gobernador, repartidor de encomiendas, socio de todos los negocios. Hernán Cortés había sido su hombre de confianza —secretario, alcalde de Santiago—, pero la relación se había deteriorado por rivalidades políticas y personales —incluido, según los chismes de la época, un asunto de faldas—. Cuando Velázquez organizó la tercera expedición al occidente —después de las de Hernández de Córdoba y Grijalva—, nombró a Cortés capitán, probablemente porque era el único con la energía y los contactos para armarla rápido. Fue un error que el gobernador lamentaría el resto de su vida.

El armamento de la expedición se financió como una empresa capitalista de riesgo: Cortés puso su fortuna —y la de sus socios—, los capitanes aportaron caballos y armas, los mercaderes de Santiago prestaron dinero a intereses altos. Cada participante era un accionista que esperaba dividendos en oro y en indios. Esa estructura explica la dinámica posterior: Cortés no podía dar la orden de retirada aunque quisiera, porque sus "inversionistas" lo habrían abandonado; y no podía repartir poco botín, porque sus acreedores lo habrían arruinado. La conquista fue, desde el punto de vista financiero, una burbuja especulativa que solo podía sostenerse con victorias cada vez mayores.

La ruptura entre Cortés y Velázquez —en febrero de 1519— convirtió la expedición en una rebelión. Velázquez, alarmado por el poder que Cortés estaba acumulando, ordenó detener la flota antes de que zarpara; Cortés se hizo a la mar de noche, burlando a los emisarios del gobernador. Desde ese momento, cada hombre de la expedición era técnicamente un rebelde, y su única salvación era el

éxito: si tomaban un imperio, el rey los perdonaría; si fracasaban, los colgarían. Esa espada de Damocles explica la audacia suicida de Cortés en cada decisión posterior: barrenar las naves, marchar al interior, tomar prisionero a Moctezuma. No eran gestos de un genio militar seguro de sí mismo: eran las apuestas de un hombre que no tenía alternativa. La conquista de México la hizo posible, en el fondo, una pelea de poder entre dos colonos caribeños.

Los caballos: el terror de cuatro patas

Dieciséis caballos desembarcaron en Veracruz en 1519. Dieciséis animales contra un imperio de cinco millones de personas. Y sin embargo, esos dieciséis caballos fueron —en la mente de los mexicas— un arma más temible que los cañones. Conviene entender por qué.

En Mesoamérica no existían los caballos: se habían extinguido en el continente americano miles de años antes, y ningún pueblo mesoamericano había visto jamás un animal de ese tamaño domesticado. Cuando los mexicas vieron por primera vez a un jinete español, no vieron a un hombre sobre un animal: vieron —según varios testimonios— una sola criatura de dos cabezas y seis extremidades, un monstruo. El terror fue instintivo y total. En la batalla de Centla, la carga de una docena de jinetes desbandó a miles de guerreros mayas que hasta entonces combatían con valor.

Pero el efecto psicológico se desgastó rápido —más rápido de lo que los españoles esperaban—. Los tlaxcaltecas, en la guerra de septiembre de 1519, aprendieron en semanas lo que los europeos tardaron siglos en perfeccionar: cómo matar caballos. Descubrieron que una lanza bien dirigida al vientre del animal lo derribaba, que en terreno quebrado los caballos tropezaban, que de noche eran

casi inútiles. Mataron varios en Tlaxcala y más en la Noche Triste, donde en las calzadas estrechas los caballos eran una trampa mortal para sus propios jinetes. Para 1521, los mexicas ya no huían de la caballería: la combatían.

Aun así, los caballos siguieron siendo decisivos en momentos puntuales: en Otumba, la carga de los últimos jinetes decidió la batalla; en el sitio, las salidas de caballería rompían las formaciones de guerreros en las calzadas. Pero la lección es clara: el caballo fue un arma de shock, no un arma de conquista. Su poder residía en la sorpresa, y la sorpresa —como todas las sorpresas— se agota. Los imperios no caen por dieciséis caballos; caen por divisiones internas y por pestes. El mito del caballo invencible es otro de los adornos románticos de la conquista que este libro quiere desmontar: fue útil, fue temido, pero no fue decisivo.

Capítulo 2. La Malinche y las alianzas: la guerra hecha de palabras

Malinalli: la niña que aprendió dos mundos

Antes de que hubiera batallas decisivas, hubo palabras. Y las palabras tuvieron nombre de mujer. Malinalli Tenépatl —bautizada por los españoles como doña Marina y conocida para la historia como La Malinche— es quizá la figura más discutida y menos comprendida de toda la conquista. Durante siglos se la llamó traidora; en el México moderno, "malinchista" es sinónimo de quien prefiere lo extranjero a lo propio. Es un juicio que dice más de nosotros que de ella. Para entender a Malinalli hay que empezar por un hecho simple: ella no traicionó a ningún pueblo, porque ningún pueblo la había tratado como suya.

Malinalli nació hacia 1500 en la región de Coatzacoalcos, hija de un cacique local. Siendo niña perdió a su padre; su madre se casó de nuevo y tuvo otro hijo, y —según la versión que ella misma contó a Bernal Díaz— su madre y su padrastro la vendieron como esclava para que el heredero fuera el nuevo hijo varón. La niña fue llevada de mano en mano hasta Tabasco, donde los mayas chontales la entregaron a los españoles junto con otras diecinueve mujeres

después de la batalla de Centla. Tenía unos dieciocho años, hablaba náhuatl —la lengua del imperio— y había aprendido maya en su cautiverio. Era, sin saberlo, la única persona en todo el continente capaz de tender un puente lingüístico entre dos mundos.

El puente funcionó así: Cortés hablaba español con Jerónimo de Aguilar; Aguilar traducía al maya; Malinalli traducía del maya al náhuatl. Era una cadena torpe, de tres eslabones, pero funcionaba. Y Malinalli aprendió español con una rapidez asombrosa: en cuestión de meses ya podía traducir directamente del español al náhuatl, y Aguilar dejó de ser necesario. Desde entonces, en cada negociación, en cada embajada, en cada conspiración, la voz que sonaba era la de ella.

Pero reducir a Malinalli a "la traductora" es no entender nada. Los intérpretes en la historia de las conquistas nunca son neutrales: son diplomáticos, espías, consejeros y, a veces, los verdaderos autores de la política. Malinalli no solo traducía palabras: explicaba contextos. Les enseñó a los españoles cómo funcionaba el imperio mexica, quiénes eran sus enemigos, qué significaban los gestos y los regalos, cuándo una embajada era una trampa y cuándo una amenaza era un farol. Cuando los embajadores de Moctezuma hablaban en náhuatl florido y ceremonioso, ella captaba los matices que Aguilar jamás habría entendido. Cuando los señores tlaxcaltecas dudaban, ella encontraba las palabras para convencerlos. Bernal Díaz, que no era hombre de elogios fáciles, escribió que doña Marina tenía "mucho ser y mandado" —presencia y autoridad— y que los indígenas la respetaban como a una señora.

Hay un episodio que revela su verdadero papel. En Cholula, como veremos, fue una anciana de la ciudad quien le advirtió en secreto que los cholultecas preparaban una emboscada contra los

españoles. Malinalli escuchó, fingió complicidad, y luego corrió a avisar a Cortés. Sin aquella advertencia, la columna española habría sido aniquilada en las calles de Cholula. La conquista se sostuvo, literalmente, sobre la lealtad de una mujer a la que la historia oficial llamó traidora. Traidora ¿de qué? Ella había sido vendida por su propia madre, esclavizada por los mayas y entregada a unos extranjeros. No debía lealtad a ningún trono. Lo que hizo fue usar su inteligencia para sobrevivir y para imponerse en un mundo de hombres armados —y lo logró de un modo extraordinario: terminó siendo la compañera de Cortés, madre de su hijo Martín, y una de las pocas mujeres indígenas de la época cuyo nombre sobrevivió.

La lección de Malinalli es la segunda gran clave de este libro: la conquista no se ganó con arcabuces, sino con información. Quien entiende al enemigo lo derrota; quien no lo entiende, ni siquiera sabe que está en guerra. Los españoles, gracias a ella, dejaron de ser ciegos en tierra extraña. Los mexicas, en cambio, jamás tuvieron una Malinalli: nunca entendieron del todo qué querían los españoles ni cómo pensaban.

Tlaxcala: el pacto con los enemigos de México

En septiembre de 1519, la columna de Cortés llegó a territorio tlaxcalteca. Lo que siguió fue una de las guerras más feroces de toda la conquista —y la más importante—. Durante casi tres semanas, los ejércitos de Tlaxcala, comandados por el joven general Xicoténcatl, atacaron una y otra vez a los españoles. Los cronistas españoles hablan de decenas de miles de guerreros; las cifras están exageradas, pero la intensidad del combate no: los españoles estuvieron varias veces al borde del aniquilamiento. Los tlaxcaltecas aprendieron rápido: descubrieron que los caballos no

eran invencibles, que las espadas se embotaban, que los arcabuces tardaban demasiado en recargarse. Peleaban de noche, cuando los caballos eran menos útiles; atacaban en oleadas para agotar a los pocos españoles. Si la guerra hubiera seguido unas semanas más, la expedición de Cortés habría terminado allí, en las montañas de Tlaxcala, y la historia de México sería otra.

Pero Tlaxcala no era un reino unido bajo un solo mando: era una confederación de cuatro señoríos —Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán y Quiahuiztlán— gobernados por un senado de ancianos. Y en ese senado había una división profunda. Xicoténcatl el Joven quería seguir la guerra hasta exterminar a los extranjeros. Su padre, Xicoténcatl el Viejo, y el influyente señor Maxixcatzin, empezaban a ver otra posibilidad: aquellos extranjeros odiaban a los mexicas tanto como ellos, y habían demostrado ser duros de matar. ¿Por qué no usarlos como arma contra Tenochtitlan?

La decisión se tomó como se toman las grandes decisiones en la historia: por cálculo, no por simpatía. Los tlaxcaltecas no se aliaron con los españoles porque los admiraran; se aliaron porque llevaban un siglo soñando con destruir a los mexicas y de pronto apareció un aliado que les ofrecía la oportunidad. El pacto se selló con ceremonias y con matrimonios: los señores tlaxcaltecas ofrecieron a sus hijas a los capitanes españoles, y Cortés aceptó el bautismo de varias doncellas. La alianza quedó consagrada en octubre de 1519, cuando los españoles entraron en la ciudad de Tlaxcala recibidos como huéspedes de honor.

Detengámonos en lo que esto significa. Sin Tlaxcala no hay conquista. Es así de simple. Los tlaxcaltecas aportaron decenas de miles de guerreros —las estimaciones serias hablan de hasta cincuenta mil hombres en las campañas finales—, aportaron

comida, portadores, información, refugio cuando los españoles fueron derrotados, y un territorio seguro donde reconstruir la flota de bergantines. Los españoles, en el momento decisivo del sitio de Tenochtitlan, eran apenas unos novecientos. Sus aliados indígenas eran más de cien mil. La proporción lo dice todo: la conquista de México fue una empresa indígena con asesoría española, no al revés.

Y Tlaxcala no fue la única. A lo largo de 1519 y 1520 se sumaron los totonacas de Cempoala, los de Texcoco —donde Cortés instaló un gobernante títere—, los chalcas, los de Xochimilco, los de Iztapalapa después de caer la ciudad. Cada pueblo que se unía a los españoles lo hacía por sus propias razones: venganza contra los mexicas, ambición de liberarse del tributo, rivalidades locales antiquísimas. Cortés no creó esa coalición de la nada: la encontró esperando, como un incendio forestal esperando una chispa.

Cholula: la masacre que avisó la guerra

De Tlaxcala, los españoles marcharon a Cholula, la ciudad sagrada dedicada a Quetzalcóatl, famosa en toda Mesoamérica por sus templos y sus sacerdotes. Lo que ocurrió allí en octubre de 1519 es uno de los episodios más oscuros de la conquista y uno de los más reveladores del método de Cortés.

Según la versión española, los cholultecas —instigados por emisarios de Moctezuma— preparaban una emboscada: habían cavado fosos con estacas en las calles, habían sacado a las mujeres y los niños de la ciudad y habían reunido guerreros mexicas en las afueras. La advertencia llegó, como se dijo, por boca de Malinalli. Cortés decidió adelantarse: convocó a los señores de Cholula en el patio de un templo y, a una señal convenida, los españoles y sus

aliados tlaxcaltecas —que odiaban a los cholultecas, aliados de los mexicas— masacraron a los reunidos y luego saquearon la ciudad durante dos días. Murieron miles de personas desarmadas.

Los historiadores discuten todavía si la conspiración existió realmente o si fue un pretexto. Lo que no se discute es el efecto: la masacre de Cholula fue un mensaje dirigido a todo el Anáhuac. Decía: "miren lo que les pasa a quienes nos traicionan". Y funcionó. Cuando los españoles llegaron al valle de México, ningún pueblo se atrevió a cerrarles el paso. El terror, dosificado con frialdad, resultó ser un arma tan eficaz como los cañones. Cholula también reveló algo sobre los aliados indígenas: fueron los tlaxcaltecas quienes ejecutaron gran parte de la matanza, cobrándose una venganza largamente esperada contra una ciudad rival. La violencia de la conquista tuvo, desde el principio, manos indígenas.

Moctezuma, al enterarse de la masacre, comprendió que la diplomacia había fracasado. Envío nuevos embajadores con más oro, pero ya nadie creía en las palabras. El camino hacia Tenochtitlan estaba abierto, y los españoles avanzaban con un ejército que crecía cada semana: a los cuatrocientos europeos se sumaban ahora miles de tlaxcaltecas. El imperio mexica iba a recibir en su capital a un ejército de sus propios enemigos, comandado por extranjeros.

Xicoténcatl el Joven: el general que casi vence

La guerra de Tlaxcala —septiembre de 1519— suele contarse desde el lado español: la heroica resistencia de un puñado de europeos contra hordas innumerables. Pero vista desde el lado tlaxcalteca, es la historia de un general brillante que estuvo a punto de cambiar el curso de la historia de América y que fue traicionado por la división

de su propio pueblo.

Xicoténcatl el Joven —también llamado Xicoténcatl Axayacatzin— era el comandante de los ejércitos de Tlaxcala, hijo de uno de los cuatro señores de la confederación. Era joven, audaz y un táctico notable: en cuestión de días comprendió las fortalezas y debilidades de los españoles mejor que ningún otro comandante mesoamericano. Descubrió que los caballos —el arma más temida— eran vulnerables si se les atacaba en terreno quebrado y de noche; que los arcabuces, tras la primera descarga, dejaban a sus portadores indefensos durante un minuto eterno; que las espadas españolas, temibles en combate singular, se embotaban contra las macanas; y que los españoles, pocos y lejos de sus bases, no podían sostener una guerra de desgaste.

Su estrategia fue impecable: ataques continuos en oleadas, de día y de noche, para agotar a los españoles; emboscadas en los desfiladeros; ataques nocturnos al campamento español. Durante casi tres semanas, los tlaxcaltecas mantuvieron una presión que estuvo varias veces a punto de romper a la expedición. Los españoles —Bernal Díaz lo admite— pasaron noches enteras sin dormir, velando las armas, esperando el ataque. Hubo momentos en que la derrota pareció inminente: en una de las batallas, los tlaxcaltecas mataron varios caballos —el golpe más duro que podían asestar— y estuvieron a punto de tomar el campamento.

¿Por qué perdió Xicoténcatl? No perdió en el campo de batalla: perdió en el senado. Tlaxcala era una confederación, y las decisiones de guerra y paz las tomaba el consejo de los cuatro señores. Mientras Xicoténcatl combatía, su padre y Maxixcatzin negociaban en secreto con Cortés. Los ancianos habían llegado a una conclusión política: aunque pudieran exterminar a aquellos

españoles, vendrían más —Cortés les había hablado del poder del rey de España—, y mientras tanto los mexicas seguían siendo el enemigo mortal. Mejor aliarse con los extranjeros y usarlos contra Tenochtitlan. Xicoténcatl, el guerrero, quería la victoria militar inmediata; los ancianos, la victoria política a largo plazo. Ganaron los ancianos.

El joven general obedeció —a regañadientes— la orden de cesar las hostilidades, pero nunca aceptó la alianza. Dos años después, durante el sitio de Tenochtitlan, cuando comandaba un contingente tlaxcalteca, abandonó el cerco y regresó a Tlaxcala —las fuentes discuten si por deserción o por una disputa con Cortés—. Cortés lo hizo capturar y ahorcar como traidor. Fue una ejecución política: Xicoténcatl representaba a los tlaxcaltecas que nunca creyeron en la alianza, y su muerte selló la sumisión de Tlaxcala al proyecto español.

La figura de Xicoténcatl merece rescatarse del olvido: fue el único comandante mesoamericano que entendió a los españoles a tiempo y que estuvo a punto de derrotarlos. Si el senado tlaxcalteca lo hubiera apoyado dos semanas más, la expedición de Cortés habría terminado en las montañas, y la historia de México sería otra. Su derrota no fue militar, fue política —y esa es, en miniatura, la historia de toda la conquista: los mesoamericanos no perdieron por falta de valor ni de inteligencia militar, sino por división.

Cholula por dentro: ¿conspiración o pretexto?

La matanza de Cholula —octubre de 1519— es el episodio moralmente más turbio de la marcha hacia Tenochtitlan, y los historiadores llevan un siglo discutiendo una pregunta simple: ¿existió realmente la conspiración cholulteca, o Cortés inventó el

pretexto para dar un escarmiento?

Examinemos la evidencia. La versión española —Cortés en sus cartas, Bernal Díaz en su crónica— es detallada y coherente: los cholultecas, instigados por Moctezuma, planeaban emboscar a los españoles en las calles estrechas de la ciudad; habían cavado fosos con estacas, habían retirado a las mujeres y los niños, habían apostado guerreros mexicas en las afueras; Malinalli descubrió el plan por una anciana; Cortés se adelantó con un ataque preventivo. La versión indígena —recogida fragmentariamente en los anales de la región— sugiere otra cosa: que los cholultecas recibieron a los españoles con hospitalidad, que no había tal conspiración, y que la masacre fue un acto de terror calculado, ejecutado en gran parte por los tlaxcaltecas, enemigos mortales de Cholula, que aprovecharon la ocasión para vengarse.

Hay indicios que apoyan cada versión. A favor de la conspiración: Cholula era aliada fiel de los mexicas y enemiga de Tlaxcala; Moctezuma tenía motivos para ordenar una emboscada; la retirada de mujeres y niños es un preparativo de guerra clásico; y Malinalli —cuya lealtad a los españoles era total— creyó en la conspiración. En contra: los españoles tenían motivos para inventarla —necesitaban un escarmiento antes de entrar al valle—; los tlaxcaltecas tenían motivos para exagerarla —querían la destrucción de su rival—; y el patrón se repetiría después en el Templo Mayor, donde Alvarado también alegó una conspiración para justificar una masacre.

La posición más prudente —defendida por historiadores como Hugh Thomas— es intermedia: probablemente había contactos entre Cholula y Moctezuma y probablemente se discutía qué hacer con los extranjeros, pero la "emboscada inminente" fue exagerada o

fabricada para justificar un ataque preventivo que Cortés ya había decidido. El objetivo real era estratégico: Cholula era la ciudad sagrada del Anáhuac, y destruirla —o someterla por el terror— enviaba un mensaje inequívoco a Tenochtitlan: "ni lo sagrado los protege de nosotros".

Sea cual fuere la verdad, el resultado es indiscutible: murieron miles de cholultecas —las fuentes hablan de tres mil a seis mil—, la ciudad fue saqueada durante dos días, y los templos quedaron en ruinas. Y hay un detalle que no debe perderse: fueron los tlaxcaltecas quienes hicieron la mayor parte de la matanza y del saqueo. La "masacre española de Cholula" fue, en su ejecución, una venganza tlaxcalteca. Una vez más, la violencia de la conquista tuvo manos indígenas, movidas por odios anteriores a la llegada de los europeos.

Las mujeres de la alianza: el otro pacto

Cuando se habla de las alianzas de Cortés se suele pensar en guerreros y señores, pero hubo otro pacto, menos visible y igualmente decisivo: el de las mujeres. En cada pueblo aliado, los señores ofrecían a los españoles mujeres —hijas, hermanas, cautivas— como esposas, concubinas o sirvientas. Los españoles las aceptaban como parte del botín diplomático. Aquellas mujeres —cientos, quizá miles— son las grandes olvidadas de la conquista, y sin embargo su papel fue crucial.

Primero, porque sellaban las alianzas con lazos de sangre. Cuando un capitán español tomaba por esposa a la hija de un señor tlaxcalteca, la alianza dejaba de ser un tratado para convertirse en parentesco. Los hijos mestizos que nacieron de esas uniones —el primero, Martín, hijo de Cortés y Malinalli— eran la prueba viviente

de que los dos mundos podían mezclarse. Para los señores indígenas, entregar a sus hijas era también una forma de asegurarse un lugar en el nuevo orden: el suegro de un capitán español tenía más posibilidades de conservar su señorío que quien se resistía.

Segundo, porque aquellas mujeres eran —como Malinalli a gran escala— puentes culturales. Enseñaban a los españoles las costumbres locales, les advertían de peligros, les explicaban los códigos. Cada hogar mixto era una pequeña escuela de supervivencia. Los españoles que convivían con mujeres indígenas aprendían náhuatl, aprendían a comer la comida local, aprendían a moverse en el mundo mesoamericano. Sin esas mediadoras anónimas, la expedición habría seguido siendo un cuerpo extraño, incapaz de alimentarse o de orientarse.

Tercero, porque su destino revela la cara más oscura de la alianza. Muchas de aquellas mujeres no fueron esposas sino botín: repartidas entre los soldados, esclavizadas, violentadas. Las leyes españolas —las Leyes de Burgos, de 1512— prohibían en teoría el maltrato, pero en la práctica de una campaña militar nadie las hacía cumplir. La alianza indígena-española, vista desde la experiencia de las mujeres, no fue un pacto entre iguales: fue la entrega de los cuerpos femeninos como moneda de cambio diplomática. Es una verdad incómoda que este libro no quiere ocultar: la conquista se sostuvo también sobre la violencia contra las mujeres, y esa violencia la ejercieron tanto españoles como aliados indígenas.

Malinalli —doña Marina— es la excepción que confirma la regla: la única de aquellas mujeres que logró convertir su posición en poder real. Las demás quedaron en el anonimato, pero sin ellas no habría habido alianzas, ni mestizaje, ni la Nueva España que vendría

después. Este capítulo de la historia sigue esperando a quien lo escriba completo.

La cadena de las lenguas: Aguilar y el milagro de la comunicación

La historia de la conquista suele contarse como una historia de armas, pero fue antes una historia de palabras, y las palabras necesitaron un milagro logístico. Cuando Cortés desembarcó, se encontró con un continente donde se hablaban decenas de lenguas mutuamente ininteligibles. Sin intérpretes, los españoles habrían sido sordos y mudos: incapaces de negociar, de espiar, de amenazar con precisión. La providencia —o la casualidad— les dio dos.

El primero fue Jerónimo de Aguilar, un clérigo español que había naufragado en 1511 frente a las costas de Yucatán y había vivido ocho años entre los mayas, primero como esclavo y luego como hombre respetado. Cuando Cortés lo rescató en Cozumel, Aguilar lloró de alegría y se unió a la expedición. Hablaba maya con fluidez, pero no sabía una palabra de náhuatl, la lengua del imperio. Sirvió durante los primeros meses, en Tabasco y en la costa, donde el maya era útil.

La segunda fue Malinalli, y su historia ya se contó. Pero vale la pena detenerse en el mecanismo concreto de la traducción, porque revela hasta qué punto la conquista dependió de una sola persona. Durante semanas, cada conversación entre Cortés y los embajadores mexicas pasó por una cadena de tres eslabones: Cortés hablaba español, Aguilar lo vertía al maya, Malinalli lo vertía del maya al náhuatl, y de regreso igual. Cada eslabón era una oportunidad de error, de malentendido o de manipulación

deliberada. ¿Cómo podía Cortés estar seguro de que Malinalli traducía fielmente? No podía. Tenía que confiar. Y esa confianza —forzada, inevitable— convirtió a una esclava de dieciocho años en la persona más poderosa de la expedición después del propio Cortés.

Malinalli aprendió español con una velocidad que asombró a todos. En pocos meses ya no necesitaba a Aguilar: traducía directamente del español al náhuatl. Y con el idioma vino el poder. Porque traducir no es solo cambiar palabras: es interpretar intenciones. Cuando un embajador mexica usaba el lenguaje florido y ceremonioso de la diplomacia náhuatl —lleno de metáforas, de humildad ritual, de amenazas veladas—, Malinalli no solo transmitía el sentido literal: le explicaba a Cortés lo que realmente se estaba diciendo. "Dice que su señor te ofrece su amistad" podía significar, en sus labios, "dice eso porque tiene miedo" o "dice eso para ganar tiempo". Ningún español habría podido leer esos matices. Ella era los ojos y los oídos de la expedición.

Hay un detalle que los historiadores destacan: Malinalli no era una traductora pasiva. En varias ocasiones tomó iniciativas diplomáticas propias, habló con señoras indígenas, tejió redes de información y, como en el caso de Cholula, actuó como espía. Los españoles la llamaban "doña Marina" y la trataban con un respeto inusual para una mujer indígena de la época; los indígenas la llamaban "Malintzin" —con el sufijo reverencial -tzin—, y a Cortés lo llamaban "el capitán de Malintzin", como si él fuera su subordinado. No era una exageración descabellada: sin ella, el capitán no habría podido dar ni una orden inteligible.

Los enemigos del imperio: un mapa del

resentimiento

Para entender la coalición que destruyó Tenochtitlan hay que recorrer, uno por uno, a los pueblos que la formaron, porque cada uno tenía sus propias razones y su propia historia de agravios. La conquista no fue una invasión extranjera apoyada por algunos traidores: fue una rebelión general del Anáhuac contra su capital, con los españoles como catalizador.

Los totonacas de la costa del Golfo fueron los primeros. Su señorío de Cempoala había sido sometido por los mexicas apenas unas décadas antes, y el tributo era una sangría constante: los calpixques se llevaban el algodón, el maíz y —lo que más dolía— jóvenes para el sacrificio. Cuando Cortés apresó a los recaudadores mexicas, los totonacas sintieron por primera vez en años que el imperio podía ser desafiado. Aportaron a la expedición varios cientos de guerreros y, sobre todo, porteadores y guías. Sin ellos, los españoles no habrían podido ni siquiera alimentarse en la marcha al interior.

Los tlaxcaltecas fueron el plato fuerte: una confederación de cuatro señoríos que había resistido más de un siglo de asedio mexica. Su odio a Tenochtitlan no era político, era existencial: las guerras floridas —esas campañas rituales que los mexicas lanzaban para capturar prisioneros para el sacrificio— se libraban sobre todo contra ellos. Cada año, jóvenes tlaxcaltecas eran capturados y sacrificados en el Templo Mayor. Cada familia tlaxcalteca tenía muertos que vengar. Cuando el senado de Tlaxcala decidió aliarse con los españoles, no lo hizo por admiración a los extranjeros: lo hizo porque por fin aparecía un martillo con el que golpear a su enemigo mortal. Y una vez tomada la decisión, la cumplieron con una lealtad asombrosa: perdieron miles de hombres en la Noche

Triste y en el sitio, y jamás se volvieron atrás.

Los texcocanos aportaron la segunda ciudad del imperio a la causa española, y su historia es la más reveladora de las fracturas internas mexicas. Ixtlilxóchitl, el príncipe despojado por Moctezuma, se unió a Cortés con sus partidarios y convirtió Texcoco —en la orilla oriental del lago— en la base naval de la campaña final. Fue en territorio texcocano donde se ensamblaron los bergantines. Sin Texcoco no hay flota, y sin flota no hay sitio. La conquista de Tenochtitlan fue, en buena medida, una guerra civil entre las ciudades de la Triple Alianza.

Y luego estaban los demás: los chalcas, enemigos tradicionales de los mexicas; los de Xochimilco y Cuitláhuac, pueblos chinamperos de la orilla del lago que aportaron canoas y conocimiento de las aguas; los huexotzincas; los de Iztapalapa después de la caída de su ciudad. Para el verano de 1521, Cortés comandaba —o más bien coordinaba— una coalición de más de cien mil guerreros indígenas. Los novecientos españoles eran la punta de una lanza cuyo asta era enteramente indígena. Cada vez que alguien diga que "los españoles conquistaron México", conviene recordar esa proporción: cien a uno.

La diplomacia de Cortés: regalos, rehenes y matrimonios

¿Cómo se construye una coalición así en menos de dos años, sin idioma común, sin moneda común, sin nada en común salvo el enemigo? La respuesta es que Cortés resultó ser un diplomático de talento extraordinario, y que su diplomacia combinaba cuatro instrumentos que los mexicas no supieron contrarrestar.

El primero era el regalo. Cortés repartía entre los señores indígenas cuentas de vidrio, tijeras, camisas, sombreros —objetos sin valor en Europa pero exóticos en Mesoamérica— y, sobre todo, promesas de botín. A los tlaxcaltecas les prometió el saqueo de Tenochtitlan; a Ixtlilxóchitl, el trono de Texcoco. Cada promesa era una hipoteca sobre un futuro que aún no existía, pero funcionaba.

El segundo era el matrimonio. Siguiendo la costumbre mesoamericana —y la europea— de sellar alianzas con enlaces matrimoniales, Cortés aceptó —y promovió— que sus capitanes se unieran con hijas de los señores aliados. Las doncellas tlaxcaltecas bautizadas y entregadas a los capitanes españoles crearon lazos de parentesco que convertían la alianza en familia. Él mismo tomó como compañera a Malinalli, con quien tuvo un hijo, Martín —uno de los primeros mestizos del continente, símbolo viviente de la alianza—.

El tercero era el rehén. Cortés tomaba rehenes con naturalidad: hijos de señores que "acompañaban" a la expedición, señores que eran "invitados" a quedarse en el campamento español. Era una práctica común en la diplomacia mesoamericana, y Cortés la adoptó sin pudor. La prisión de Moctezuma fue solo el caso más espectacular de un método habitual.

El cuarto, el más oscuro, era el terror dosificado. Cholula fue el ejemplo maestro: una masacre calculada para que el mensaje corriera por todo el Anáhuac. Pero hubo otras: en Texcoco, en Iztapalapa, Cortés ordenó castigos ejemplares contra quienes se resistían. El mensaje era siempre el mismo y tenía dos caras: conmigo, botín y protección; contra mí, exterminio. Era la diplomacia de la Reconquista, aplicada a un continente nuevo.

Frente a esto, la diplomacia mexicana —refinada, ritual, basada en el prestigio y en la amenaza velada— resultó inútil. Moctezuma enviaba regalos cada vez más ricos esperando comprar la retirada; Cortés los aceptaba como tributo y avanzaba. El imperio sabía dominar por el miedo a sus ejércitos; no sabía negociar con alguien que no temía a sus ejércitos. La guerra diplomática la ganaron los españoles antes de que empezara la guerra militar, y la ganaron porque entendieron —gracias a Malinalli— las reglas del juego mesoamericano, mientras los mexicas jamás entendieron las reglas del juego español.



Centla y Cozumel: las primeras batallas

Antes de Veracruz hubo dos escalas que prefiguraron todo lo que vendría: Cozumel, donde los españoles aprendieron a negociar, y Centla, donde aprendieron a matar. Ambas merecen contarse

porque en ellas se forjaron los métodos de la conquista.

En Cozumel —febrero de 1519—, la primera isla que tocaron, los españoles encontraron una población maya que huyó al interior al ver los barcos. Cortés ordenó no saquear, devolver a los prisioneros y tratar bien a los isleños: quería información, no botín. La estrategia funcionó: los cozumelenses regresaron, comerciaron y —lo decisivo— le hablaron de los náufragos españoles que vivían en tierra firme. Así rescató a Jerónimo de Aguilar, que llevaba ocho años entre los mayas. Cozumel fue la prueba de que la diplomacia —cuando convenía— era más rentable que la violencia. Cortés tomaría nota: alternaría la zanahoria y el palo durante toda la campaña según lo exigiera cada situación.

En Tabasco —marzo de 1519—, la lección fue la contraria. En Potonchán, los mayas chontales se negaron a recibir a los españoles y los atacaron. La batalla de Centla —el 25 de marzo— fue el primer combate importante de la conquista: unos pocos cientos de españoles contra miles de guerreros mayas. Los españoles estuvieron en apuros hasta que Cortés lanzó a la caballería —apenas una docena de jinetes— contra los flancos indígenas. El efecto fue devastador: los mayas, que jamás habían visto caballos, huyeron en pánico. La batalla duró horas y murieron cientos de indígenas; los españoles tuvieron pocas bajas.

Centla enseñó a los españoles tres lecciones que aplicarían en México: que la caballería era un arma psicológica tan poderosa como física; que los ejércitos mesoamericanos, numerosos pero sin armas de acero, se desbandaban ante una carga decidida; y que después de la victoria convenía la magnanimidad calculada —Cortés perdonó a los vencidos, celebró una misa y aceptó los regalos de los señores—. Y fue en Centla donde los tabasqueños

entregaron a las veinte mujeres esclavas, entre ellas Malinalli. La batalla que parecía un simple escarceo caribeño le dio a Cortés su arma más valiosa: no los caballos, sino la intérprete.

Hay un detalle simbólico que no debe perderse: en Centla, los españoles bautizaron el lugar como Santa María de la Victoria y celebraron la primera misa en tierra firme mexicana. La conquista, desde su primera batalla, se presentó como una empresa religiosa. Esa narrativa —la cruz junto a la espada— acompañaría cada masacre posterior, dándole una justificación sagrada a una violencia esencialmente económica. Cuando se lea sobre Cholula, sobre el Templo Mayor, sobre el sitio, conviene recordar Centla: el patrón —provocación, batalla, masacre, misa, perdón interesado— se estableció allí, en marzo de 1519, y no cambiaría nunca.

El senado de Tlaxcala: la decisión más importante de la conquista

La alianza entre españoles y tlaxcaltecas no fue un impulso ni un accidente: fue una decisión deliberada, tomada tras un debate que los historiadores consideran uno de los momentos políticos más trascendentales de la historia americana. Y se tomó en un senado, no en un campo de batalla.

Tlaxcala se gobernaba como una confederación de cuatro señoríos —Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán y Quiahuiztlán—, cada uno con su señor, reunidos en un consejo de ancianos que decidía la guerra y la paz. Cuando los españoles llegaron en 1519, el consejo estaba dividido. Xicoténcatl el Joven —el general— exigía el exterminio de los extranjeros: los consideraba una amenaza mortal y creía —con razón— que podían ser derrotados. Su padre, Xicoténcatl el Viejo, y Maxixcatzin, el señor más influyente, defendían la negociación:

aquellos extranjeros odiaban a los mexicas, habían demostrado ser duros, y podían ser el arma que Tlaxcala esperaba desde hacía un siglo.

El debate duró semanas, mientras la guerra seguía en las montañas. Los partidarios de la guerra argumentaban que los españoles eran impredecibles, que su dios exigía la destrucción de los dioses tlaxcaltecas, que aliarse con ellos era invitar al tigre a cenar. Los partidarios de la alianza respondían con realismo brutal: Tlaxcala llevaba cien años resistiendo a los mexicas sin poder derrotarlos; los españoles ofrecían una oportunidad única; y si los exterminaban, vendrían más —Cortés se había encargado de difundir la idea de que detrás de él había un rey con ejércitos infinitos—.

Ganó la alianza, pero no por unanimidad: fue una decisión dividida, impuesta por los ancianos contra el criterio del general en campaña. Y una vez tomada, se cumplió con una disciplina notable: Tlaxcala jamás rompió el pacto, ni siquiera en los peores momentos. Esa disciplina revela la naturaleza de la política tlaxcalteca: una vez que el senado decidía, la confederación obedecía.

La decisión del senado de Tlaxcala —octubre de 1519— es, en cierto sentido, el verdadero principio de la conquista de México. Sin ella, Cortés habría sido un cadáver en las montañas; con ella, tenía un ejército. Los grandes acontecimientos históricos suelen atribuirse a batallas o a héroes; este se decidió en una sala, por unos ancianos que calcularon fríamente su venganza. La historia debería recordar sus nombres —Xicoténcatl el Viejo, Maxixcatzin— con la misma atención que recuerda el de Cortés: fueron ellos quienes, sin saberlo, firmaron la sentencia de Tenochtitlan.

Capítulo 3. La entrada a Tenochtitlan: 8 de noviembre de 1519

La calzada y la ciudad del lago

El 8 de noviembre de 1519, la columna avanzó por la calzada de Iztapalapa hacia el corazón del lago de Texcoco. Lo que vieron los españoles aquel día los dejó sin habla, y Bernal Díaz —que había visto las grandes ciudades de Europa y del Caribe— escribió el pasaje más famoso de su crónica: dijo que les parecía un sueño, "las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís". Ante ellos se extendía Tenochtitlan: una ciudad de doscientos mil a trescientos mil habitantes —más grande que Londres o Sevilla en aquella época—, construida sobre una isla en medio del lago, unida a tierra firme por tres calzadas rectas como reglas, con canales en lugar de calles, canoas en lugar de carretas, y en el centro el recinto sagrado con el Templo Mayor elevándose hacia el cielo.

La ciudad era un prodigio de ingeniería. Las chinampas —islas artificiales de cultivo— alimentaban a la población; el acueducto de Chapultepec traía agua dulce desde la orilla; el mercado de Tlatelolco reunía cada día decenas de miles de personas y mercancías de todo el imperio. Los españoles contaron los puentes

levadizos de las calzadas, las compuertas que regulaban el nivel del lago, los jardines botánicos y zoológicos de Moctezuma. Era una civilización urbana completa, sofisticada, limpia —los cronistas se asombraron de que la ciudad se barrierá cada día y de que sus habitantes se bañaran con frecuencia, algo impensable en la Europa de la época—.

Pero los españoles también vieron otra cosa: la ciudad era una trampa perfecta. Las calzadas eran estrechas, flanqueadas de agua por ambos lados; los puentes podían levantarse y dejar a un ejército atrapado en la isla sin salida. Cortés lo comprendió de inmediato, y esa comprensión lo llenó de un miedo frío que disimuló con audacia. Entrar en Tenochtitlan era meterse voluntariamente en la boca del lobo. Y sin embargo entró, porque no entrar habría sido admitir la derrota, y porque su instinto de tiburón le decía que el premio —estar dentro, cerca del tlatoani— valía el riesgo.



El encuentro de dos mundos

Al mediodía del 8 de noviembre, en el punto donde la calzada de Iztapalapa se encontraba con la de Coyoacán —cerca del lugar que

hoy ocupa el Hospital de Jesús—, se produjo el encuentro más famoso de la historia de México. Moctezuma Xocoyotzin salió a recibir a Cortés con un séquito de doscientos señores. Los dos hombres se miraron por primera vez. Cortés intentó abrazarlo; los señores mexicas lo detuvieron: nadie podía tocar al tlatoani. Se intercambiaron collares: Moctezuma le puso a Cortés un collar de caracoles y camarones de oro; Cortés le puso a Moctezuma un collar de cuentas de vidrio. El gesto resume, en miniatura, toda la conquista: cada bando entregaba lo que para él tenía valor simbólico, sin comprender lo que valía para el otro.

Las palabras que Moctezuma pronunció aquel día, según las transcribieron los cronistas españoles, han alimentado cinco siglos de debate. El tlatoani habría dicho que los mexicas sabían por sus antepasados que vendrían de tierras lejanas los descendientes de su antiguo señor Quetzalcóatl, y que por eso entregaba su reino a Cortés como representante de aquel señor. Si el discurso fue real, sería la prueba de que Moctezuma creía que los españoles eran dioses o sus enviados, y que por eso se rindió sin luchar.

Pero los historiadores modernos —Matthew Restall, Camilla Townsend, entre otros— han desmontado esta versión pieza por pieza. El "discurso de bienvenida" sigue al pie de la letra el protocolo diplomático mesoamericano: cuando un gran señor recibía a un embajador poderoso, el ritual exigía que el anfitrión se humillara verbalmente y ofreciera su reino, y que el visitante rechazara cortésmente el ofrecimiento. Era un teatro de la cortesía, no una rendición. Los españoles, que desconocían el protocolo, lo tomaron al pie de la letra. Y los cronistas posteriores, que escribían para justificar la conquista ante el rey y ante Dios, convirtieron un malentendido cultural en una cesión voluntaria del imperio. Es

mucho más cómodo decir "nos lo entregaron" que decir "lo tomamos".

La profecía de Quetzalcóatl: mito y realidad

Merece la pena detenerse en la famosa profecía, porque es el mito fundacional de la conquista y, al mismo tiempo, su mayor falsedad. La historia dice que los mexicas creían que Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada, había partido hacia el oriente prometiendo regresar un día, y que Moctezuma identificó a los españoles —blancos, barbudos, llegados del oriente— con el dios que volvía. La imagen es poderosa: un imperio paralizado por su propia religión, entregándose a sus verdugos por obediencia profética.

La realidad es más compleja y más interesante. En la religión mexica, Quetzalcóatl era efectivamente un dios asociado con el oriente, con Venus, con la sabiduría. Pero no existe ninguna fuente prehispánica —ningún códice anterior a la conquista— que mencione una profecía de su retorno inminente ni que lo describa como un hombre blanco y barbudo. Esa descripción aparece por primera vez en textos escritos después de la conquista, cuando ya convenía a todos —españoles e indígenas cristianizados— explicar la derrota como voluntad divina. Los frailes la difundieron porque les servía para la evangelización: si los propios dioses mexicas habían anunciado a los cristianos, la conversión era el cumplimiento de la profecía. Y los cronistas españoles la difundieron porque convertía una invasión brutal en un destino manifiesto.

¿Creyó Moctezuma que Cortés era Quetzalcóatl? Probablemente no. Lo que sí es verosímil es que el tlatoani —como buen gobernante mesoamericano— interpretara la llegada de los extranjeros en clave religiosa, consultando augurios y presagios, porque así se

interpretaba todo lo extraordinario en su mundo. Los presagios funestos que las fuentes mexicas enumeran —el cometa, el incendio del templo, la mujer que lloraba por sus hijos en la noche ("¡Ay, mis hijos, ya nos perdemos!")— son reales como literatura del trauma: son la forma en que un pueblo derrotado le da sentido a su catástrofe. Pero entre consultar augurios y entregar un imperio por obediencia profética hay un abismo que la evidencia no permite cruzar.

Desmontar el mito de Quetzalcóatl no es un ejercicio académico ocioso: es devolverle a Moctezuma su inteligencia y a los mexicas su agencia. No fueron vencidos por su superstición, sino por una coalición militar y una epidemia. Y esa es, precisamente, la tesis de este libro.

El tlatoani prisionero

Los españoles se instalaron en el palacio de Axayácatl, el padre de Moctezuma, un edificio enorme frente al Templo Mayor. Durante una semana, la convivencia fue ceremoniosa: Moctezuma visitaba a los españoles, les mostraba la ciudad, les permitía subir al Templo Mayor. Pero Cortés no podía dormir tranquilo: cuatrocientos hombres en medio de una ciudad de doscientos mil habitantes, rodeados de agua, eran rehenes en potencia. Su solución fue tan audaz como criminal: tomar al tlatoani como rehén.

El pretexto lo dio un incidente en la costa: los totonacas, alentados por los españoles, se habían rebelado, y un capitán mexica llamado Quauhpopoca atacó la guarnición española de Veracruz y mató a varios españoles, entre ellos a Juan de Escalante. Cortés se presentó ante Moctezuma con un puñado de capitanes armados y le exigió que se trasladara al palacio de Axayácatl como "huésped" de

los españoles. Moctezuma protestó, discutió, y finalmente cedió: prefirió ir por su propia voluntad antes que ser llevado por la fuerza y provocar una matanza. Desde aquel día, el hombre más poderoso del Anáhuac vivió prisionero de los extranjeros, gobernando su imperio desde una celda dorada.

La prisión de Moctezuma es uno de los episodios más vergonzosos de la conquista y, al mismo tiempo, una muestra de su lógica profunda. Cortés había entendido algo esencial: el imperio mexica era un sistema personalista. Todo el poder emanaba del tlatoani; controlando al tlatoani, se controlaba el imperio. Durante meses, Moctezuma siguió dando órdenes, recibiendo tributos y administrando justicia, pero cada orden pasaba por el filtro de los españoles. El imperio funcionaba con el piloto automático, y los españoles habían tomado los controles.

Mientras tanto, los españoles descubrieron el tesoro de Axayácatl: una sala llena de objetos de oro acumulados por generaciones de tlatoanis. Lo fundieron todo en lingotes. El quinto real —la parte del rey— se apartó; el resto se repartió entre los hombres. Cada soldado recibió una suma que en España lo habría hecho rico. Pero la codicia, una vez despertada, no se sacia con un reparto: los hombres empezaron a preguntarse cuánto más habría en los templos, en los palacios, en las casas de los señores. El oro del tesoro de Axayácatl selló el destino de Tenochtitlan: ya nadie en la expedición contemplaba marcharse con las manos vacías.

El encuentro: lo que realmente se dijeron

El encuentro del 8 de noviembre de 1519 —Moctezuma y Cortés frente a frente en la calzada— es la escena más representada de la conquista y, paradójicamente, una de las peor comprendidas. Lo

que sabemos de lo que se dijeron proviene casi enteramente de fuentes españolas, y esas fuentes tenían un interés directo en presentar el encuentro como una cesión voluntaria del imperio. Conviene reconstruir la escena con escepticismo de historiador.

El escenario: el cruce de las calzadas de Iztapalapa y Coyoacán, un punto ancho y despejado. Moctezuma llegó en litera, acompañado por unos doscientos señores ricamente ataviados; los porteadores tendían mantas en el suelo para que sus pies no tocaran la tierra. Cortés avanzó a caballo —desmontó al acercarse—, acompañado por sus capitanes y por Malinalli, que traduciría cada palabra. Los dos séquitos se detuvieron a cierta distancia; solo los protagonistas y unos pocos testigos se acercaron.

El intercambio de collares —Moctezuma entregó un collar de oro con camarones y caracoles; Cortés, un collar de cuentas de vidrio— fue un ritual de reconocimiento mutuo entre señores. Hasta aquí, todo siguió el protocolo mesoamericano de recepción de embajadores: honores, regalos, discursos ceremoniosos.

El problema es el famoso discurso. Según Cortés —que lo transcribió en su Segunda Carta—, Moctezuma dijo que los mexicas sabían por sus antepasados que su antiguo señor Quetzalcóatl partiría al oriente y que sus descendientes regresarían a gobernar; que él creía que Cortés era el enviado de aquel señor; y que por tanto le entregaba su reino y se ponía a su disposición. Es un discurso demasiado perfecto: justifica la conquista como restauración legítima, convierte la invasión en devolución y al conquistador en heredero.

Los historiadores modernos lo consideran una fabricación —o, en el mejor de los casos, una traducción tendenciosa—. Matthew Restall

ha mostrado que el discurso sigue punto por punto el tecpillahtolli, el lenguaje reverencial náhuatl que los señores usaban para humillarse ritualmente ante un visitante poderoso: "soy pobre, soy indigno, mi reino es pequeño, todo es tuyo". Era cortesía, no cesión. Malinalli —que traducía— conocía perfectamente ese registro y sabía que no era literal; pero Cortés, que no conocía el náhuatl ceremonial, lo tomó al pie de la letra, y le convenía tomarlo así. Y cuando escribió su carta al rey —un documento legal destinado a justificar sus actos—, convirtió la cortesía en rendición.

¿Qué dijo realmente Moctezuma? Probablemente algo como: "seas bienvenido, gran señor; esta es tu casa; todo lo que tengo está a tu disposición mientras seas mi huésped". En el lenguaje de la diplomacia mesoamericana, eso significaba: "te reconozco como embajador poderoso y te ofrezco hospitalidad". En la mente de Cortés significó: "me entrega su imperio". El malentendido —si fue malentendido y no manipulación— es el más trascendental de la historia americana: sobre él se construyó la ficción legal de que México fue entregado voluntariamente y no conquistado por la fuerza.

Y hay un detalle final que desmonta la versión española: si Moctezuma hubiera entregado realmente su imperio el 8 de noviembre, ¿por qué Cortés necesitó tomar prisionero al tlatoani una semana después, masacrar Cholula antes, sitiar la ciudad durante setenta y cinco días después y matar a cientos de miles de personas? Los imperios que se entregan voluntariamente no requieren tanta violencia para ser tomados. La sangre desmiente el discurso.

El tesoro de Axayácatl: el oro que condenó a la

ciudad

En el palacio donde se alojaron los españoles había una puerta tapiada que despertó la curiosidad de los soldados. Al derribarla encontraron una sala llena de objetos acumulados durante generaciones: máscaras de oro, discos solares, collares de jade, penachos de quetzal, escudos ceremoniales, joyas de los tlatoanis muertos. Era el tesoro de Axayácatl, el padre de Moctezuma, guardado como reliquia familiar. Los españoles lo contemplaron con una mezcla de asombro y codicia que Bernal Díaz describió con honestidad brutal: dijo que les pareció que "todo el oro del mundo" estaba en aquella sala.

Lo que siguió fue un acto de vandalismo cultural de proporciones históricas. Los españoles fundieron sistemáticamente las piezas: las obras maestras de la orfebrería mesoamericana —técnicas de fundición a la cera perdida, filigrana, incrustaciones de turquesa que los europeos no sabían replicar— fueron convertidas en lingotes informes. El arte de un siglo se redujo a metal en bruto en cuestión de días. Solo se salvaron algunas piezas que Cortés reservó para enviar al rey como muestra. El resto —la memoria material de una civilización— desapareció en los crisoles.

El reparto del tesoro siguió el ritual de la hueste conquistadora: primero se apartó el quinto real para la Corona; luego la parte de Cortés como capitán general; luego las de los capitanes; el resto se dividió entre los soldados según su rango y su inversión. Pero hubo trampas: Cortés descontó de la parte común los gastos de la expedición —los barcos, las armas, los caballos—, lo que redujo drásticamente lo que recibió cada hombre. Los soldados protestaron; algunos hablaron de amotinarse. La codicia, una vez encendida, no se apaga con repartos: cada hombre empezó a

calcular cuánto más habría escondido en la ciudad, en los templos, en los palacios de los señores. El tesoro de Axayácatl no sació a nadie: creó la convicción de que Tenochtitlan era una mina inagotable y que marcharse sin vaciarla sería una estupidez.

Esa convicción selló el destino de la ciudad. A partir de aquel momento, ningún español contemplaba seriamente la retirada: habían visto el oro, lo habían tocado, y querían más. Cuando Cortés propuso después el sitio final, no tuvo que convencer a nadie: sus hombres sabían que dentro de la ciudad había riquezas y que solo la victoria total les daría acceso a ellas. El tesoro de Axayácatl fue, en ese sentido, el verdadero motor de la conquista: no la cruz, no el rey, sino el brillo amarillo del metal fundido.

Y hay una ironía final: cuando la ciudad cayó, el gran tesoro esperado no apareció. Los mexicas habían escondido, fundido o arrojado al lago sus riquezas durante el sitio; lo que los vencedores encontraron fue una fracción de lo soñado. La codicia que había impulsado dos años de guerra se quedó sin objeto, y la decepción —como veremos— tendría consecuencias brutales para los vencidos.

Los dioses en el templo: la profanación

La convivencia de españoles y mexicas en Tenochtitlan tenía un límite infranqueable: la religión. Para los españoles, los dioses mexicas eran demonios y sus templos, abominaciones; para los mexicas, los españoles eran unos extranjeros ignorantes que no entendían lo sagrado. Durante los seis meses de ocupación, esa fractura se manifestó en una serie de incidentes que envenenaron la convivencia.

El más grave ocurrió en lo alto del Templo Mayor. Los españoles, con el celo de los recién convertidos, colocaron una cruz y una imagen de la Virgen María en el santuario de Huitzilopochtli, junto a la estatua del dios. Para ellos era un acto de piedad: estaban "cristianizando" el lugar más sagrado de la ciudad. Para los mexicas fue una profanación intolerable: era como si unos extranjeros entraran en una catedral europea y colocaran a sus ídolos junto al altar. Moctezuma protestó con una firmeza inusual: advirtió a Cortés que el pueblo estaba furioso, que los sacerdotes exigían la expulsión de los extranjeros, que los dioses estaban enojados. Cortés —una de las pocas veces que retrocedió— ordenó retirar las imágenes. Pero el daño simbólico era irreversible: los mexicas habían visto que los españoles no respetaban nada, ni siquiera lo más sagrado.

Hubo otros choques. Los españoles se escandalizaban de los sacrificios humanos —que presenciaron en varias ocasiones— y los describían como obra del demonio; los mexicas se escandalizaban de que los españoles no se bañaran, de que comieran con las manos y de que fundieran el oro sagrado. Cada bando veía al otro como bárbaro. La diferencia es que los españoles tenían un mandato religioso explícito —la bula papal que les encomendaba evangelizar— que convertía su intolerancia en deber sagrado, mientras que la religión mexica, politeísta y sincrética por naturaleza, habría podido absorber a los dioses cristianos sin mayor problema: un dios más en el panteón no era una amenaza teológica. La intolerancia, en este choque, fue casi enteramente europea.

Esta dimensión religiosa explica por qué la guerra final fue también una guerra santa en la mente de los españoles —y por qué la

destrucción de los templos fue tan sistemática—. No se trataba solo de vencer a un enemigo político: se trataba de extirpar una religión. Cuando los bergantines bombardearon el Templo Mayor durante el sitio, cuando los soldados derribaron las estatuas de los dioses, estaban ejecutando un programa teológico. La caída de Tenochtitlan fue también la caída de sus dioses, y la ciudad que se construyó sobre sus ruinas —la Ciudad de México— se alzó literalmente sobre los templos demolidos: la catedral junto al Templo Mayor, las iglesias sobre los santuarios. La conquista espiritual empezó con la conquista militar, y ambas usaron las mismas piedras.

Tenochtitlan por dentro: la ciudad que asombró a Europa

Los españoles que entraron en Tenochtitlan el 8 de noviembre de 1519 creyeron estar soñando, y no era para menos. Ninguna ciudad que hubieran visto —ni Sevilla, ni Nápoles, ni Constantinopla en los relatos— se parecía a aquello. Para comprender la magnitud de lo que se perdió en 1521 hay que recorrer la ciudad como la recorrieron ellos, con los ojos muy abiertos.

El mercado de Tlatelolco era el corazón económico del imperio. Bernal Díaz, que había visto los zocos del Mediterráneo, escribió que jamás había visto un mercado como aquel: cada día se reunían entre veinte mil y sesenta mil personas —algunas fuentes dicen más— en una plaza enorme, ordenada por calles de oficios. Había vendedores de oro, plata y piedras preciosas; de plumas de quetzal y de papagayo; de mantas de algodón de todos los colores; de cacao, vainilla, chile y maíz; de esclavos; de perros cebados para comer; de medicinas y hierbas; de cerámica, de petates, de canoas.

Todo tenía su lugar asignado, todo tenía su precio, y un tribunal de mercado resolvía disputas al momento, con castigos severos para los tramposos. Los pochtecas —los mercaderes de élite— eran una casta poderosa, con sus propios dioses y sus propias leyes. Era una economía de mercado sofisticada, funcionando sin moneda acuñada —el cacao y las mantas servían como medio de cambio— y sin rueda ni bestias de carga: todo se movía a espaldas de tamemes o en canoas.

La ciudad flotaba, literalmente, sobre el agua. Las chinampas —esas islas artificiales construidas con lodo del lago y estacas— formaban un cinturón verde alrededor de la isla, produciendo hasta siete cosechas al año gracias a la humedad constante. El acueducto de Chapultepec, con sus dos canales de piedra —uno en uso mientras el otro se limpiaba—, traía agua dulce desde los manantiales de la orilla occidental, cruzando el lago sobre una arquería. Las calzadas —la de Iztapalapa al sur, la de Tlacopan al poniente, la del Tepeyac al norte— eran rectas, anchas y estaban cortadas por puentes levadizos que se alzaban de noche. Los canales cruzaban la ciudad en todas direcciones; las canoas eran el transporte cotidiano. Había farolas —braseros— en las calles principales, y cuadrillas de barrenderos que limpiaban la ciudad cada día. Los cronistas se maravillaron de algo que en Europa no existía: los baños públicos y la costumbre generalizada del baño diario.

En el centro se alzaba el recinto sagrado, un cuadrado amurallado de unos quinientos metros por lado, con el Templo Mayor en medio: una pirámide de unos cuarenta y cinco metros de altura, coronada por dos santuarios gemelos, uno dedicado a Huitzilopochtli y otro a Tláloc. Alrededor había decenas de templos menores, el juego de

pelota, el calmécac —la escuela de la nobleza— y el palacio de Moctezuma, un complejo de edificios con cientos de habitaciones, jardines, un zoológico con águilas, jaguares y serpientes, y una pajarera con las aves más hermosas del imperio. Los españoles subieron a lo alto del Templo Mayor y desde allí contemplaron la ciudad entera extendida sobre el lago, con los volcanes nevados al fondo. Bernal Díaz escribió que "no habíamos visto cosa igual". Tenía razón: no la volverían a ver jamás, porque ellos mismos la destruirían dos años después.

La corte de Moctezuma: el poder en escena

Moctezuma Xocoyotzin gobernaba desde un palacio que era a la vez residencia, gobierno y teatro del poder. El ceremonial de la corte mexica había sido llevado por él a extremos de refinamiento: nadie podía mirarlo directamente a la cara; los señores entraban descalzos y con ropa humilde; nadie le daba la espalda al retirarse. Comía solo, tras una cortina, servido por doncellas en vajilla de barro fino que se desechaba después de cada uso —un derroche ritual que impresionó a los españoles—. Tenía consejeros, jueces, administradores, astrónomos y poetas a su servicio. Su guardia personal la formaban guerreros de élite. Su palabra era ley en un imperio de cinco millones de personas.

Pero aquel poder absoluto tenía una base estrecha. Moctezuma había llegado al trono por elección del consejo —el tlatoani no heredaba automáticamente, era elegido entre los candidatos de la familia real—, y su política centralizadora había creado enemigos dentro de la propia nobleza. Había desplazado a los viejos capitanes de las guerras de su tío Ahuítzotl y los había sustituido por administradores leales. Había aumentado el boato de la corte

mientras aumentaba los tributos. Para muchos nobles mexicas, Moctezuma era un reformador brillante pero un gobernante distante, más preocupado por el ceremonial que por los hombres.

Cuando los españoles entraron en la ciudad, la corte se dividió en silencio. Una facción —la de los consejeros prudentes— apoyaba la política de contemporización del tlatoani: ganar tiempo, estudiar al enemigo, evitar la guerra. Otra facción —la de los jóvenes guerreros, encabezada por Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, y por su sobrino Cuauhtémoc— consideraba que cada día de convivencia con los extranjeros era una humillación insoportable y exigía expulsarlos por la fuerza. Moctezuma, prisionero en la práctica desde los primeros días, intentaba mantener el equilibrio: daba órdenes que los españoles aprobaban y recibía a escondidas a quienes conspiraban contra ellos. Era un juego imposible, y todos lo sabían.

Seis meses de convivencia imposible

Entre noviembre de 1519 y mayo de 1520, Tenochtitlan vivió la situación más extraña de su historia: una ciudad ocupada sin haber sido conquistada. Los españoles —cuatrocientos hombres— paseaban armados por las calles, visitaban el mercado, subían a los templos. Los mexicas —doscientos mil— los observaban, los toleraban y los odiaban en silencio. La tensión crecía cada semana.

El detonante cotidiano era el oro. Después de descubrir y fundir el tesoro de Axayácatl, los españoles no ocultaban su obsesión: preguntaban dónde había más, registraban palacios, exigían "regalos". Los mexicas, para quienes el oro tenía valor religioso y simbólico pero no monetario, no comprendían aquella fiebre. Pero comprendían perfectamente la humillación: ver fundir las obras

maestras de sus orfebres —máscaras, discos, joyas acumuladas durante generaciones— para convertirlas en lingotes era ver destruir su patrimonio ante sus ojos. Cada lingote era un insulto.

Hubo además incidentes religiosos. Los españoles, en su celo evangelizador, colocaron una cruz y una imagen de la Virgen en lo alto del Templo Mayor, junto a las estatuas de Huitzilopochtli. Para los mexicas fue una profanación intolerable; para los españoles, un deber cristiano. Moctezuma protestó con una dignidad que hasta Bernal Díaz registró: les dijo que sus dioses estaban enojados y que el pueblo murmuraba. Cortés, por una vez, cedió y retiró las imágenes. Pero el daño estaba hecho: la convivencia de dos religiones excluyentes en el mismo templo era imposible, y todos lo sabían.

En esos meses, la autoridad de Moctezuma se desmoronaba. El pueblo veía a su tlatoani salir del palacio de los extranjeros, dar paseos vigilado por españoles, ordenar que se entregara tributo a los intrusos. Corrían rumores: que se había vendido, que era un cobarde, que los dioses lo habían abandonado. Cuitláhuac conspiraba abiertamente; los sacerdotes exigían la expulsión de los extranjeros; los jóvenes guerreros afilaban sus macanas. La ciudad era un polvorín, y solo faltaba la chispa. La chispa tendría nombre propio: Pedro de Alvarado. Y llegaría con la fiesta de Tóxcatl.



Durante seis meses, de noviembre de 1519 a mayo de 1520, Tenochtitlan vivió una tensa normalidad. Los españoles paseaban por la ciudad, los mercados seguían funcionando, los sacerdotes seguían oficiando en los templos. Pero bajo la superficie crecía la humillación: el pueblo veía a su tlatoani entrar y salir del palacio de los extranjeros como un invitado permanente, y empezaba a murmurar que Moctezuma se había vendido. La nobleza mexicana, en particular el hermano del tlatoani, Cuitláhuac, y su sobrino Cuauhtémoc, observaba con ira contenida. El imperio no se había rendido: estaba esperando su momento. Y el momento llegó cuando Cortés cometió el error de ausentarse.

El palacio de Axayácatl: la jaula de oro

Durante seis meses —de noviembre de 1519 a mayo de 1520—, el palacio de Axayácatl fue el lugar más extraño del mundo: la sede

de un gobierno de ocupación que no se atrevía a llamarse así. Vale la pena describir la vida cotidiana en aquella jaula de oro, porque en sus rutinas se jugó el destino del imperio.

El palacio era un complejo enorme: cientos de habitaciones alrededor de patios, con capacidad para alojar a los cuatrocientos españoles, sus aliados y sus caballos. Los españoles ocuparon las salas principales; Moctezuma —trasladado allí como "huésped"— vivía en sus habitaciones privadas, atendido por sus sirvientes pero vigilado día y noche por guardias españoles. La ficción oficial era que el tlatoani residía allí por su propia voluntad, para estar cerca de sus nuevos amigos. Nadie la creía, pero todos la representaban.

La rutina diaria tenía algo de teatro del absurdo. Moctezuma seguía recibiendo a sus consejeros, firmando órdenes, administrando justicia: el imperio funcionaba, en apariencia, con normalidad. Pero cada decisión importante pasaba por Cortés, que vetaba, sugería o imponía. Los tributos seguían llegando —y una parte iba a parar a los españoles—. Los señores de provincia que venían a rendir homenaje al tlatoani se encontraban con que tenían que pasar primero por la antecámara de los extranjeros. La autoridad de Moctezuma se vaciaba por dentro mientras se mantenía la cáscara ceremonial.

Los españoles, por su parte, vivían en un estado de tensión permanente. Sabían que estaban rodeados: cada paseo por la ciudad era una exhibición de fuerza calculada; cada noche, doblaban las guardias. Bernal Díaz describe las velas nocturnas, las rondas, el miedo constante a un ataque sorpresa. Los caballos —su arma más valiosa— estaban estabulados en el palacio, y los mozos dormían junto a ellos. La pólvora se guardaba bajo llave. Era la vida de una guarnición sitiada en medio de una ciudad en apariencia

pacífica.

Y en medio de todo, la vida seguía: los españoles jugaban a los dados —apostando el oro del tesoro—, se emborrachaban con pulque, frecuentaban a mujeres indígenas, se peleaban entre ellos. Moctezuma —según Bernal Díaz— llegó a tomar afecto a algunos españoles, jugaba con ellos a juegos de mesa mesoamericanos y les mostraba sus colecciones. Es una imagen casi tierna —el prisionero y sus carceleros compartiendo una partida— que hace más trágico el desenlace: aquella convivencia imposible solo podía terminar en violencia, porque se sostenía sobre una mentira —la libertad del tlatoani— que cada día era más difícil de mantener.

Cuando Alvarado masacró a la nobleza en el Templo Mayor, la ficción se derrumbó de golpe. El palacio dejó de ser una jaula de oro para convertirse en una fortaleza asediada. Los seis meses de teatro habían terminado; empezaba la guerra de verdad.

Tlatelolco: la ciudad gemela

Cuando se habla de la caída de Tenochtitlan suele olvidarse que la ciudad sitiada eran en realidad dos ciudades: Tenochtitlan y Tlatelolco, la ciudad gemela del norte de la isla. Tlatelolco merece su propio lugar en esta historia, porque fue allí donde la resistencia se hizo más feroz y donde ocurrió el desenlace.

Tlatelolco había sido fundada por un grupo disidente de mexicas y durante mucho tiempo fue rival de Tenochtitlan: tuvo sus propios reyes, su propio mercado —el más grande del imperio— y sus propias ambiciones. En 1473, el tlatoani Axayácatl la sometió por la fuerza tras una guerra civil, y desde entonces Tlatelolco vivió como la hermana menor dominada: conservaba su identidad, su mercado

y su orgullo, pero obedecía a Tenochtitlan. Esa historia de sometimiento es importante: cuando llegó el sitio, los tlatelolcas pelearon junto a los tenochcas no por amor a sus dominadores, sino porque el enemigo común era peor.

Durante el sitio, Tlatelolco se convirtió en el último reducto. Cuando las columnas aliadas tomaron el centro ceremonial de Tenochtitlan, los defensores se replegaron al norte, a los barrios tlatelolcas, y allí resistieron las últimas semanas. El mercado de Tlatelolco —el orgullo de la ciudad— se convirtió en campo de batalla; sus calles, en trincheras. Fue en Tlatelolco donde Cuauhtémoc estableció su último cuartel, donde se libraron los combates más desesperados y donde, el 13 de agosto, ocurrió la matanza final.

Y es Tlatelolco —no Tenochtitlan— la que le dio a la posteridad el epitafio más conmovedor de la conquista. En la iglesia de Santiago Tlatelolco, construida sobre las ruinas, hay una placa que resume la tragedia en náhuatl y en español: habla del 13 de agosto de 1521 como el día en que "se perdió la ciudad", y pide que se recuerde. Los tlatelolcas —los vencidos entre los vencidos— fueron quienes mejor supieron convertir la derrota en memoria.

Hoy, la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco —con sus ruinas prehispánicas, su iglesia colonial y sus edificios modernos— es el símbolo físico de la historia de México: las tres épocas superpuestas, ninguna borrada del todo. Y fue también, trágicamente, el escenario de otra matanza: la del 2 de octubre de 1968. Tlatelolco parece condenada a ser el lugar donde México se mira en su espejo más doloroso. Recordar la Tlatelolco de 1521 es recordar que la resistencia final no la hizo la capital orgullosa, sino la ciudad hermana que nunca había sido del todo sometida.

Capítulo 4. La Noche Triste:

30 de junio de 1520

La masacre del Templo Mayor

En abril de 1520 llegó a la costa una noticia que cambió todos los planes: Pánfilo de Narváez había desembarcado en Veracruz con novecientos españoles, ochenta caballos y veinte cañones, enviado por Diego Velázquez con una orden clara: arrestar a Cortés por rebelde y tomar posesión de la empresa. Cortés se encontró de pronto entre dos fuegos: los mexicas, cada vez más hostiles, y un ejército español más numeroso que el suyo. Su respuesta fue la de siempre: la audacia. Dejó en Tenochtitlan a Pedro de Alvarado con unos ciento veinte hombres al cuidado de Moctezuma, y marchó a la costa con el grueso de sus fuerzas a enfrentar a Narváez.

Lo que siguió en la costa fue una obra maestra de la intriga: Cortés sobornó a los capitanes de Narváez con el oro de Tenochtitlan, los convenció de que Velázquez los había engañado y, en un ataque nocturno en Cempoala, derrotó y capturó a Narváez. La mayoría de los hombres de Narváez se unieron a Cortés. El ejército rebelde se había duplicado. Pero el precio de aquella victoria se estaba pagando en Tenochtitlan.

Alvarado, el "Tonatiuh" —el Sol, como lo llamaban los mexicas por

su cabello rubio—, era un capitán valiente y un político desastroso. En ausencia de Cortés, los mexicas solicitaron permiso para celebrar la fiesta de Tóxcatl, una de las ceremonias religiosas más importantes del año, en honor a Huitzilopochtli. Alvarado autorizó la celebración. Y luego, en plena fiesta, cuando el patio del Templo Mayor estaba lleno de la nobleza mexica desarmada —danzando, con sus mejores galas y sus joyas—, ordenó a sus hombres cerrar las puertas y masacrarlos a todos.

Las fuentes mexicas, recogidas en el Códice Florentino, describen la escena con un horror que todavía estremece: los españoles acuchillaron a los danzantes, les cortaron las manos, les rebanaron las cabezas; la sangre corría por las escalinatas del templo; los que intentaban huir eran alanceados en las puertas. Murieron cientos de nobles, sacerdotes y jóvenes guerreros: la flor de la aristocracia tenochca. Los motivos de Alvarado siguen discutiéndose: dijo que los mexicas preparaban un levantamiento y que había encontrado armas escondidas; los mexicas dijeron que fue por codicia, para robarles las joyas de oro que llevaban en la fiesta. Sea cual fuere la verdad, el efecto fue inmediato y devastador: la ciudad entera se levantó en armas.

La masacre del Templo Mayor es el verdadero punto de no retorno de la conquista. Hasta entonces, la ocupación española de Tenochtitlan —con el tlatoani prisionero pero vivo, con los mercados funcionando— podía haberse resuelto de muchas maneras, incluida una retirada negociada. Después de Tóxcatl, ya no había negociación posible. Los mexicas habían comprendido, de una vez y para siempre, que los extranjeros no venían a gobernar con ellos ni a convivir: venían a matar. La guerra total había empezado, y la empezarían ellos.

La muerte de Moctezuma

Cortés regresó a Tenochtitlan a marchas forzadas a finales de junio, con sus fuerzas duplicadas por los hombres de Narváez. Entró en la ciudad sin encontrar resistencia —una calma ominosa— y se atrincheró en el palacio de Axayácatl. Afuera, decenas de miles de guerreros mexicas, dirigidos ahora por Cuitláhuac —el hermano de Moctezuma, liberado por los españoles en un gesto de torpeza increíble—, sitiaban el palacio. Los españoles estaban atrapados: sin comida, sin agua potable, rodeados por una ciudad en pie de guerra.

Fue entonces cuando ocurrió uno de los episodios más controvertidos de la historia de México: la muerte de Moctezuma Xocoyotzin. La versión española —la de Cortés y Bernal Díaz— dice que Cortés le pidió al tlatoani que saliera a la azotea del palacio a calmar a su pueblo, y que los mexicas, al verlo, lo recibieron con una lluvia de piedras e insultos, llamándolo cobarde y traidor, y que una pedrada en la cabeza lo hirió de muerte. La versión mexicana —recogida por Sahagún y por los anales indígenas— dice que los españoles, viendo que Moctezuma ya no les servía, lo estrangularon junto con otros señores prisioneros y arrojaron sus cuerpos al pie del templo.

¿Cuál es la verdad? Los historiadores llevan cinco siglos discutiéndolo, y probablemente nunca lo sabremos con certeza. Pero hay indicios que pesan. La versión española es demasiado conveniente: convierte a Moctezuma en un gobernante repudiado por su propio pueblo, lo que justifica todo lo que vino después. La versión mexicana también tiene su lógica: un prisionero que ha dejado de ser útil es un estorbo, y los españoles estaban a punto de huir. Lo que sí sabemos es que Moctezuma murió en aquellos días —a

finales de junio de 1520—, que su cuerpo apareció al pie del Templo Mayor, y que su muerte marcó el fin de cualquier posibilidad de solución negociada. Con él murió el último vínculo entre los dos mundos.

Sea como fuere, la muerte de Moctezuma revela la tragedia central de su reinado: fue un gobernante inteligente atrapado en una situación sin salida. Si resistía a los españoles desde el principio, arriesgaba una guerra inmediata contra un enemigo desconocido; si negociaba, perdía la autoridad ante su pueblo. Eligió el camino del medio —ganar tiempo, contemporizar— y el camino del medio lo devoró. La historia lo ha juzgado con una dureza que no merece: Moctezuma no perdió el imperio por cobarde, sino porque el imperio ya estaba perdido antes de que él pudiera comprender la naturaleza de la amenaza.

La huida por Tlacopan

La noche del 30 de junio de 1520 —la madrugada del 1 de julio, para ser exactos—, los españoles decidieron huir. No podían quedarse: se les acababan los víveres, los mexicas atacaban sin cesar y cada día que pasaba la situación empeoraba. El plan era escapar de noche por la calzada de Tlacopan —la más corta de las tres—, llevando consigo el oro fundido del tesoro de Axayácatl. Construyeron un puente portátil para cruzar los tramos donde los mexicas habían levantado los puentes levadizos. La columna salió en silencio, a medianoche, bajo una llovizna fina.

Pero los centinelas mexicas los descubrieron. Una mujer que fue a buscar agua dio la voz de alarma, los tambores del Templo Mayor empezaron a sonar, y en minutos la calzada se convirtió en un infierno. Los guerreros mexicas atacaron desde las canoas, por

ambos flancos, con flechas, lanzas y macanas; los españoles, cargados con el oro que no quisieron abandonar, se hundían en el lago bajo el peso de su propia codicia. El puente portátil se atascó en el primer canal y la columna se partió en dos. Fue una carnicería.

Los españoles la llamaron la Noche Triste. Cortés, según la leyenda, lloró bajo un ahuehuete en Tlacopan —el famoso "árbol de la Noche Triste"—. Las cifras del desastre son elocuentes: de los más de mil doscientos españoles que había en la ciudad, murieron más de cuatrocientos, además de varios miles de aliados tlaxcaltecas. Se perdieron casi todos los caballos, toda la artillería y, lo más doloroso para los supervivientes, casi todo el oro. Los mexicas recuperaron una parte del tesoro del fondo del lago —los buzos indígenas rescataron lingotes durante semanas— y el resto se lo tragó el agua para siempre.



Pero la Noche Triste no fue solo una derrota militar: fue una lección.

Los mexicas demostraron que podían derrotar a los españoles cuando peleaban en sus propios términos: de noche, en el agua, en las calzadas estrechas donde los caballos no servían y los cañones no podían apuntar. Si la guerra hubiera seguido siendo una guerra de calzadas y canoas, los españoles jamás habrían tomado Tenochtitlan. Cortés lo entendió a la perfección, y esa comprensión definiría su estrategia en la campaña final: no volvería a pelear en el agua sin barcos propios, y no volvería a pelear sin decenas de miles de aliados.

Espanoles contra españoles: la guerra de Narváez

En la primavera de 1520, mientras Cortés consolidaba su posición en Tenochtitlan, en Cuba se gestaba una amenaza que pudo haber terminado con la conquista antes de que empezara: Diego Velázquez, el gobernador burlado, decidió recuperar su inversión. Organizó una armada de dieciocho navíos con novecientos españoles, ochenta caballos, veinte cañones y dos mil cubanos auxiliares, y la puso al mando de Pánfilo de Narváez, un veterano de porte imponente y pocas luces, con órdenes escritas de arrestar a Cortés por traición y tomar posesión de la empresa de México.

Narváez desembarcó en Veracruz en abril de 1520 y cometió todos los errores posibles. En lugar de marchar directamente contra Cortés, se instaló en Cempoala y se dedicó a proclamar su autoridad, a confiscar los bienes de los partidarios de Cortés y a amenazar a los totonacas. Su arrogancia le enajenó a los indígenas; su indisciplina, a sus propios hombres. Cortés —que recibió la noticia en Tenochtitlan— reaccionó con su audacia habitual: dejó a Alvarado con ciento veinte hombres al cuidado de la ciudad y marchó a la costa con unos trescientos españoles, la mayoría

veteranos leales.

Lo que siguió fue una campaña de soborno más que una batalla. Cortés envió a sus agentes al campamento de Narváez cargados con el oro de Tenochtitlan: cadenas, joyas, lingotes. Los capitanes de Narváez —que ganaban poco y arriesgaban mucho— empezaron a pasarse al bando de Cortés uno por uno. El oro mexicano, destinado a comprar la retirada española, terminó comprando españoles para la causa de Cortés. Cuando Narváez se dio cuenta de la deserción, ya era tarde: en la noche del 27 de mayo de 1520, Cortés atacó por sorpresa el campamento de Cempoala bajo una lluvia torrencial. La lucha fue breve y confusa; Narváez perdió un ojo por una lanzada y fue capturado. Sus hombres —novecientos españoles frescos, con caballos y cañones— se unieron casi en bloque a Cortés.

La victoria sobre Narváez duplicó el ejército de Cortés y le dio los recursos para la campaña final. Pero tuvo dos consecuencias imprevistas y decisivas. La primera: dejó Tenochtitlan en manos de Alvarado, cuya masacre del Templo Mayor —como vimos— precipitó el levantamiento general. Si Cortés no hubiera tenido que ausentarse para enfrentar a Narváez, quizá la ocupación de la ciudad habría seguido su curso tenso pero estable. La segunda: entre los hombres de Narváez venía el esclavo enfermo de viruela que desataría la epidemia. La armada enviada para detener a Cortés terminó proporcionándole el ejército y la peste con los que conquistaría México. La ironía es perfecta: Velázquez, intentando arruinar a su rival, le regaló la victoria.

El episodio también revela la naturaleza de la empresa conquistadora: no era un ejército nacional, sino una competencia de bandas armadas donde la lealtad se compraba con oro. Los hombres de Narváez no se unieron a Cortés por ideales, sino porque

Cortés pagaba mejor y prometía más botín. Esa mercenarización explica tanto la eficacia como la brutalidad de la conquista: eran profesionales de la violencia al servicio del mejor postor, y el mejor postor era quien controlaba el oro de Tenochtitlan.

La retirada a Tlaxcala: el ejército fantasma

La marcha de los supervivientes de la Noche Triste hacia Tlaxcala —los primeros días de julio de 1520— es uno de los episodios más duros de toda la conquista, y suele contarse de pasada entre la huida y Otumba. Merece más atención, porque revela de qué estaban hechos aquellos hombres y, sobre todo, de qué estaban hechas sus alianzas.

La columna que salió de Tlacopan era un ejército fantasma: unos cuatrocientos españoles —la mayoría heridos—, unos pocos caballos, sin artillería, sin pólvora apenas, cargando a los heridos en literas improvisadas. Los acompañaban unos miles de tlaxcaltecas, también diezmados. Marchaban de noche y se escondían de día; comían lo que encontraban —maíz verde, tunas, raíces—; bebían agua de charcos. Los mexicas los acosaban sin cesar: partidas de guerreros atacaban la retaguardia, les cortaban los caminos, les gritaban insultos desde las colinas. Cada día morían hombres de las heridas, del hambre, del agotamiento.

Y sin embargo, la columna no se desintegró. No hubo deserciones masivas, no hubo motines, no hubo canibalismo ni rendiciones. Los españoles —que semanas antes se mataban entre ellos por el reparto del oro— marcharon unidos bajo el mando de Cortés, obedeciendo órdenes, cuidando a sus heridos. Los tlaxcaltecas —que acababan de perder a miles de los suyos por una causa extranjera— no los abandonaron ni los entregaron a los mexicas, lo

que habría sido lo más fácil y lo más rentable. Esa disciplina en la derrota dice mucho de ambos bandos: los españoles tenían una cohesión forjada en dos años de peligro compartido, y los tlaxcaltecas tenían un objetivo —la destrucción de Tenochtitlan— que valía más que cualquier venganza inmediata.

La marcha también mostró los límites del poder mexica. Cuitláhuac había ordenado perseguir y aniquilar a los fugitivos, pero sus generales no lograron cerrar la trampa. ¿Por qué? En parte por la geografía: una vez fuera del lago, en tierra firme, los españoles recuperaban parte de su ventaja —los caballos volvían a ser útiles, las formaciones mexicas eran menos eficaces—. En parte por la política: los pueblos por donde pasaban los fugitivos —algunos sometidos a los mexicas— no se atrevieron a atacarlos, temiendo represalias futuras o esperando a ver quién ganaba. Y en parte por el agotamiento: los mexicas también habían sangrado en la Noche Triste, y sus guerreros necesitaban descansar. La persecución se fue diluyendo, y la columna llegó a Tlaxcala. El imperio había dejado escapar a su enemigo cuando lo tenía a su merced. No habría una segunda oportunidad.

El dilema de los tlaxcaltecas: ¿por qué no nos traicionaron?

Detengámonos en una pregunta que los historiadores se han hecho durante siglos: cuando los españoles llegaron a Tlaxcala derrotados, sin oro, sin caballos, sin artillería —un puñado de heridos hambrientos—, ¿por qué los tlaxcaltecas no los entregaron a los mexicas? Habría sido la decisión más racional: Cuitláhuac ofrecía perdón y alianza a quien le entregara a Cortés; los mexicas habrían recompensado generosamente la traición; y Tlaxcala se habría

librado de unos aliados que ya no servían para nada.

La respuesta tiene varias capas. La primera es el odio: los tlaxcaltecas odiaban a los mexicas con un odio de un siglo, alimentado por las guerras floridas y los sacrificios. Entregar a los españoles habría significado reconciliarse con Tenochtitlan, y eso era impensable para la generación que había perdido a sus hijos en el Templo Mayor. El enemigo de mi enemigo seguía siendo mi amigo, aunque estuviera derrotado.

La segunda es el cálculo: los señores tlaxcaltecas —Xicoténcatl el Viejo, Maxixcatzin— eran políticos experimentados que sabían que los españoles, aun derrotados, eran un activo único. Habían visto lo que cuatrocientos europeos podían hacer con cañones y caballos; imaginaban lo que podrían hacer con refuerzos —que Cortés prometía que vendrían de Cuba y de España—. Además, los españoles eran rehenes valiosos: mientras vivieran, Tlaxcala tenía una carta que jugar ante cualquier escenario.

La tercera es el honor: en la cultura mesoamericana, la hospitalidad y la alianza eran sagradas. Los tlaxcaltecas habían recibido a los españoles como huéspedes, habían sellado el pacto con matrimonios y ceremonias, habían derramado su sangre junto a ellos. Traicionarlos habría sido una deshonra intolerable. Cuando los mexicas enviaron embajadores ofreciendo paz a cambio de la cabeza de Cortés, el senado tlaxcalteca los rechazó con indignación. Esa lealtad —en el momento más bajo de la expedición española— es uno de los hechos más nobles y más decisivos de toda la conquista.

Y hay una cuarta capa, la más profunda: los tlaxcaltecas ya habían apostado su futuro. Habían masacrado Cholula junto a los

españoles, habían combatido en la Noche Triste, se habían convertido en enemigos mortales de Tenochtitlan. Ya no había marcha atrás: o ganaban con los españoles o perdían solos. La alianza se había vuelto irreversible, como todas las alianzas forjadas en sangre. Cuando Cortés propuso reconstruir el ejército y volver contra Tenochtitlan, los tlaxcaltecas no dudaron: aportaron hombres, comida, refugio y —lo decisivo— el territorio donde se construirían los bergantines. Sin esa lealtad en la derrota, no habría habido victoria. La conquista se ganó en Tlaxcala, en julio de 1520, cuando unos vencidos decidieron seguir peleando.

Cuitláhuac: el tlatoani de la resistencia

La historia ha sido injusta con Cuitláhuac. Gobernó apenas unos meses —del verano al invierno de 1520— y murió de viruela antes de poder culminar su obra, así que su nombre quedó eclipsado por el de su hermano Moctezuma y el de su sucesor Cuauhtémoc. Pero fue Cuitláhuac quien organizó la primera gran victoria mexicana contra los españoles, quien expulsó a los extranjeros de Tenochtitlan y quien diseñó la estrategia defensiva que casi salva al imperio. Sin la viruela, quizá sería él el héroe de esta historia.

Cuitláhuac era hermano menor de Moctezuma y señor de Iztapalapa. Desde el principio se había opuesto a la política de contemporización: cuando Cortés tomó prisionero a Moctezuma, Cuitláhuac fue uno de los pocos señores que protestó abiertamente. Los españoles lo arrestaron junto con otros nobles, pero en un gesto de una torpeza histórica increíble, lo liberaron poco antes de la Noche Triste —Cortés esperaba que fuera a calmar a su pueblo, como había intentado con Moctezuma—. Cuitláhuac salió del palacio, se puso al frente de los guerreros y organizó el

levantamiento. El "gesto de buena voluntad" español le entregó al enemigo a su mejor general.

Como tlatoani, Cuitláhuac actuó con una energía extraordinaria. Reparó las calzadas y los puentes, acumuló provisiones en la ciudad, reorganizó los escuadrones de canoas de guerra, reforzó las guarniciones de los pueblos ribereños y —lo más importante— lanzó una ofensiva diplomática para reconstruir la coalición imperial: envió embajadas a Tlaxcala, a Texcoco, a todos los señoríos, advirtiéndoles que después de Tenochtitlan irían por ellos. Su mensaje era claro y era verdad: los españoles no venían a liberar a nadie, venían a dominar a todos. Algunos pueblos lo escucharon; la mayoría, cegados por el odio a los mexicas, no quisieron oír.

Cuitláhuac también entendió la lección militar de la Noche Triste: a los españoles había que combatirlos en el agua y de noche, donde sus caballos y sus cañones no servían. Ordenó construir miles de canoas de guerra, cavar fosos en las calzadas, preparar estacas y trampas. Si la guerra hubiera seguido en 1520 con Cuitláhuac al mando y sin la peste, los españoles habrían enfrentado una Tenochtitlan fortificada, abastecida y dirigida por un estratega competente. Pero la viruela no respeta estrategias: en diciembre de 1520, el tlatoani de la resistencia murió cubierto de pústulas, como cualquier macehual. Su reinado duró unos cinco meses. Su sucesor heredaría una ciudad enferma y un imperio en ruinas.

Otumba: la batalla imposible

La batalla de Otumba, el 7 de julio de 1520, merece contarse con detalle porque es el episodio que mejor resume la paradoja militar de la conquista: los españoles ganaban las batallas que no podían ganar y perdían la guerra que creían ganada.

Los supervivientes de la Noche Triste —unos cuatrocientos españoles heridos, hambrientos y desmoralizados, más unos miles de aliados tlaxcaltecas— huían hacia Tlaxcala por los llanos al norte del valle de México. Los mexicas, que los perseguían desde la huida, lograron cortarles el paso en Otumba con un ejército muy superior: las fuentes hablan de decenas de miles de guerreros. Los españoles estaban atrapados en campo abierto, sin fortificaciones, sin artillería —la habían perdido en la Noche Triste—, con pocos caballos y casi sin pólvora. Era una situación militarmente desesperada: cualquier manual de la época habría pronosticado su aniquilamiento.

Cortés hizo lo único que podía hacer: una apuesta suicida. Reunió a sus últimos jinetes —apenas una veintena— y cargó directamente contra el centro del ejército mexica, donde ondeaba el estandarte del general enemigo. En la guerra mesoamericana, el estandarte no era un adorno: era el centro de mando, el símbolo de la autoridad, el punto de referencia de todo el ejército. Los generales mexicas combatían rodeados de su guardia, en literas o a pie, dirigiendo por señales. Cortés lo sabía —Malinalli se lo había explicado— y apostó todo a una carta: si caía el estandarte, el ejército se desbandaría.

La carga funcionó. Los jinetes atravesaron las filas mexicas —que no tenían armas eficaces contra la caballería en campo abierto—, llegaron hasta el general, lo derribaron y lo mataron. Al caer el estandarte, cundió el pánico: los guerreros mexicas, que combatían bajo un mando centralizado y ritual, perdieron la referencia y huyeron en desorden. Los españoles, exhaustos, no pudieron perseguirlos; se limitaron a sobrevivir. Habían ganado la batalla más improbable de la conquista.

Pero fijémonos en lo que Otumba revela: los españoles vencieron

por un golpe de audacia táctica, no por superioridad tecnológica. Sin caballos —y ya casi no les quedaban— aquella carga habría sido imposible; sin el conocimiento del sistema de mando mexica —que les dio Malinalli—, no habrían sabido dónde golpear. Y sobre todo: Otumba no cambió nada estratégicamente. Los mexicas perdieron una batalla, pero seguían controlando el valle, seguían siendo cientos de miles, y los españoles seguían huyendo. Las batallas las ganaban los españoles; la guerra la decidirían la viruela y los aliados. Otumba es la prueba de que el valor y la audacia no bastan para explicar la conquista: hacen falta los otros dos factores, los decisivos.

La muerte de Moctezuma: las dos versiones frente a frente

Ningún episodio de la conquista ha generado más debate que la muerte de Moctezuma Xocoyotzin, y vale la pena examinar las dos versiones con lupa de historiador, porque en ellas se juega la memoria del último gran tlatoani del imperio en su apogeo.

La versión española —narrada por Hernán Cortés en su Segunda Carta de Relación y por Bernal Díaz en su Historia verdadera— dice así: ante el asedio del palacio de Axayácatl, Cortés pidió a Moctezuma que saliera a la azotea a arengar a su pueblo y pedirle que depusiera las armas. Moctezuma accedió; se asomó al pretil; y los mexicas, al verlo, estallaron en furia: lo llamaron cobarde, traidor, "mujer de los españoles", y le arrojaron una lluvia de piedras, flechas y dardos. Una piedra le golpeó la cabeza; los españoles lo retiraron; murió días después de sus heridas, negándose a convertirse al cristianismo y pidiendo que cuidaran a sus hijos. En esta versión, Moctezuma muere repudiado por su

propio pueblo, víctima de la ingratitud de quienes no supieron valorar su prudencia.

La versión mexicana —recogida por fray Bernardino de Sahagún de boca de los ancianos tenochcas y confirmada por los anales indígenas como el Códice Aubin— dice otra cosa: los españoles, viendo que Moctezuma ya no les servía para controlar a la ciudad y preparando su huida, lo estrangularon junto con otros señores prisioneros —entre ellos el rey de Texcoco, Cacamatzin— y arrojaron los cuerpos al pie del Templo Mayor, donde fueron encontrados por su pueblo. En esta versión, Moctezuma muere asesinado por sus captores, víctima de la traición española.

¿Qué dicen los indicios? La versión española tiene un problema de conveniencia: presenta a Moctezuma repudiado por los suyos, lo que exime a los españoles de su muerte y justifica todo lo posterior. Además, es psicológicamente dudosa: ¿de verdad el pueblo mexicano habría apedreado a su tlatoani, una figura sagrada, en plena batalla contra el enemigo común? La versión mexicana tiene a su favor la lógica criminal: los españoles iban a huir y un prisionero de ese valor era un estorbo y un peligro. Pero también tiene un problema: los testimonios se recogieron décadas después, en un contexto de trauma colectivo donde convenía presentar a Moctezuma como mártir y no como colaboracionista.

Los historiadores actuales tienden a una posición intermedia y prudente: es probable que Moctezuma resultara herido en algún disturbio —la azotea, las piedras— y que los españoles, ante su agonía y ante la inminencia de la huida, aceleraran su muerte o simplemente la dejaran ocurrir sin intentar salvarlo. Lo que está claro es que murió en los últimos días de junio de 1520, que su cuerpo apareció fuera del palacio español, y que con él murió la

última posibilidad de una salida negociada. Moctezuma Xocoyotzin, el tlatoani que había llevado al imperio a su máxima extensión, terminó sus días como prisionero de unos extranjeros a los que había intentado manejar con regalos. La historia no le ha perdonado su fracaso; quizá debería perdonarle, al menos, que nadie en su lugar habría podido prever lo que venía.

El precio de la derrota

Los supervivientes huyeron hacia Tlaxcala, perseguidos durante días. En el camino sufrieron el acoso constante de los guerreros mexicas, el hambre y las enfermedades. El 7 de julio, en los llanos de Otumba, el ejército mexica les cortó el paso con una fuerza muy superior. La batalla de Otumba fue el momento más desesperado de toda la conquista: los españoles, agotados y diezmados, se enfrentaban a un ejército que los superaba diez a uno. Y sin embargo vencieron. Cortés, en un gesto de audacia suicida, cargó con sus últimos jinetes directamente contra el estandarte del general mexica, lo derribó y lo mató. Al caer el estandarte, el ejército mexica —que combatía bajo un mando centralizado y ritual— se desbandó. Fue una victoria táctica brillante y, al mismo tiempo, una prueba más de la tesis de este libro: los españoles ganaban batallas, pero no ganaban guerras. La guerra la ganarían después, con otros medios.

Los fugitivos llegaron por fin a Tlaxcala, donde fueron recibidos como hermanos. Los tlaxcaltecas —que acababan de perder miles de guerreros en la Noche Triste— no los repudiaron ni los entregaron a los mexicas, como habrían podido hacer. Al contrario: los curaron, los alimentaron y les ofrecieron seguir la guerra. Esa lealtad, en el momento más bajo de la expedición española, es una

de las pruebas más claras de que la alianza contra los mexicas no era un capricho de Cortés, sino un proyecto compartido: los tlaxcaltecas querían la destrucción de Tenochtitlan tanto o más que los españoles.

Mientras tanto, en Tenochtitlan se celebraba la victoria. Cuitláhuac, el nuevo tlatoani, organizaba la defensa, reparaba las calzadas, acumulaba provisiones y enviaba embajadas a los pueblos vecinos para reconstruir la coalición contra los españoles. Parecía que el imperio se había salvado. Pero en la costa, entre los hombres que Narváez había traído, viajaba un pasajero invisible que iba a decidir la guerra: un esclavo enfermo de viruela.

Tóxcatl: la fiesta interrumpida

Para comprender la magnitud del crimen de Alvarado hay que entender qué era la fiesta de Tóxcatl, porque no era una celebración cualquiera: era una de las ceremonias más sagradas del calendario mexica, y su profanación fue un sacrilegio que la ciudad jamás perdonó.

Tóxcatl —"cosa seca", en referencia a la estación— era la fiesta principal en honor a Huitzilopochtli, el dios tutelar de los mexicas, y a Tezcatlipoca. Se celebraba en el quinto mes del calendario, con ayunos, procesiones y danzas rituales. Su momento culminante era el sacrificio de un joven cuidadosamente elegido un año antes —el *ixiptla*, la "imagen" del dios—, que durante doce meses había vivido como un dios entre los hombres: vestía sus insignias, recorría la ciudad en litera, tocaba la flauta por las calles, era agasajado y reverenciado. En la fiesta, el joven subía al templo, rompía sus flautas y era sacrificado. Era un ritual de una solemnidad y una belleza terribles, que expresaba la lógica cósmica mexica: los

dioses se sacrifican por los hombres, los hombres se sacrifican por los dioses.

En mayo de 1520, con Moctezuma prisionero y los españoles en la ciudad, los mexicas pidieron permiso a Alvarado para celebrar la fiesta. Era una petición cargada de significado: celebrar Tóxcatl era afirmar que el orden cósmico seguía vigente, que los dioses seguían protegiendo a la ciudad, que la ocupación española no había roto el mundo. Alvarado —quizá sin comprender la dimensión simbólica, quizá comprendiéndola demasiado bien— autorizó la celebración.

Lo que ocurrió después ya se contó: en plena danza ritual, con los participantes desarmados y vestidos con sus mejores galas, los españoles cerraron las puertas del patio y los masacraron. Pero añadamos ahora la dimensión religiosa del crimen: no fue solo un asesinato político, fue una profanación. Los españoles mataron a los danzantes en el momento más sagrado de su ceremonia, en el patio del templo, ante los dioses. Para los mexicas fue la prueba definitiva de que los extranjeros eran enemigos de lo sagrado, destructores del orden cósmico. La guerra que siguió no fue solo una guerra de liberación: fue una guerra santa, una defensa de los dioses.

Los motivos de Alvarado siguen siendo un misterio. Él alegó que los mexicas preparaban un levantamiento y que había descubierto armas escondidas y una conspiración. Es posible que hubiera nerviosismo —ciento veinte españoles en una ciudad hostil, con Cortés ausente, tenían motivos para el miedo—. Es posible también que fuera codicia: los danzantes llevaban sus joyas de oro, y los españoles —que ya habían fundido el tesoro de Axayácatl— sabían lo que valían. Y es posible que fuera simple brutalidad: Alvarado era famoso por su crueldad incluso entre los conquistadores. Lo más

probable es una mezcla de las tres cosas: miedo, codicia y desprecio.

Sea cual fuere el motivo, el efecto es indiscutible: Tóxcatl convirtió una ocupación tensa en una guerra total. Antes de la masacre, existía —al menos en teoría— la posibilidad de una salida negociada: los españoles podían retirarse con su oro, los mexicas podían recuperar a su tlatoani. Después de la masacre, ya no había nada que negociar: la sangre derramada en el patio del templo exigía venganza, y la venganza exigiría más sangre. Alvarado, con una sola orden, destruyó en una tarde lo que Cortés había construido en seis meses de diplomacia. Es la prueba de que la conquista no fue un plan maestro ejecutado con precisión: fue una sucesión de improvisaciones, errores y crímenes, y el resultado final —la caída de Tenochtitlan— se decidió tanto por los errores españoles como por sus aciertos.

Los otros prisioneros: Cacamatzin y los señores

Moctezuma no fue el único señor mexica prisionero de los españoles: en el palacio de Axayácatl había toda una corte cautiva, y su historia —menos conocida— ilumina la lógica del poder conquistador.

El más importante era Cacamatzin, el joven rey de Texcoco, sobrino de Moctezuma. Cuando Cortés decidió tomar prisionero al tlatoani, comprendió que debía neutralizar también a Texcoco —la segunda ciudad de la alianza—, así que ordenó arrestar a Cacamatzin con el pretexto de que conspiraba. El rey texcocano fue llevado a Tenochtitlan encadenado, una humillación inaudita para un monarca. Con él cayeron otros señores: el de Tlacopan, el de Iztapalapa, varios nobles principales. El palacio de Axayácatl se

convirtió en una prisión de reyes.

El destino de estos prisioneros revela la frialdad del método español. Cuando estalló el levantamiento tras la masacre del Templo Mayor, los españoles —preparando su huida— ya no necesitaban rehenes: necesitaban aligerar la marcha. Según la versión mexicana, Moctezuma, Cacamatzin y los demás señores fueron estrangulados antes de la huida; según la española, algunos murieron en los disturbios. Lo cierto es que ninguno sobrevivió a la Noche Triste. Toda una generación de gobernantes mesoamericanos —el tlatoani de Tenochtitlan, el rey de Texcoco, los señores de la alianza— desapareció en una semana.

La eliminación de la cúpula imperial tuvo una consecuencia estratégica que los españoles no previeron del todo: descabezó al imperio, sí, pero también eliminó a los únicos interlocutores con los que se podía negociar. Con Moctezuma y Cacamatzin muertos, el poder pasó a los jóvenes guerreros —Cuitláhuac, Cuauhtémoc— que no tenían ningún interés en pactar. Los españoles, al matar a los prisioneros, se quedaron sin piezas de negociación y se condenaron a una guerra total. Fue un error táctico nacido de la prisa: en su afán por huir ligeros, los españoles destruyeron el único puente que les quedaba hacia una salida diplomática.

Y hay una lección más profunda: la prisión de los señores muestra que Cortés entendía el poder mesoamericano mejor que los propios mexicanos entendían el poder español. Sabía que el imperio era personalista —que controlando a los reyes controlaba los reinos— y actuó en consecuencia. Los mexicanos, en cambio, jamás tomaron un rehén español importante, jamás intentaron decapitar la expedición capturando a Cortés —que se paseaba por la ciudad casi sin escolta—. La asimetría de la comprensión fue total: unos jugaban al

ajedrez, los otros todavía no sabían que estaban en un tablero.

Capítulo 5. El sitio y el 13 de agosto de 1521

La peste: el arma invisible

La viruela llegó a Mesoamérica en el equipaje de Pánfilo de Narváez. Entre sus hombres venía un esclavo africano enfermo —las fuentes lo identifican como Francisco de Eguía— que desembarcó en Veracruz en abril de 1520. La enfermedad se propagó primero entre los españoles de la costa y luego, con la velocidad de un incendio en campo seco, entre la población indígena de Cempoala. Los totonacas, que jamás habían estado expuestos al virus, murieron por miles. Y cuando los guerreros mexicas regresaron a Tenochtitlan después de la Noche Triste, llevaron la peste consigo a la ciudad.

Lo que siguió fue una catástrofe demográfica sin precedentes en la historia del continente. La viruela —el huey zahuatl, "la gran lepra", como la llamaron los mexicas— atacó a una población sin ninguna inmunidad. Los enfermos se cubrían de pústulas, ardían en fiebre y morían en cuestión de días; los que sobrevivían quedaban ciegos o desfigurados. Pero lo peor no era la enfermedad en sí, sino lo que la enfermedad destruía: en una sociedad donde todo el trabajo era manual y colectivo, cuando la mitad de la población cae enferma al mismo tiempo, nadie siembra, nadie cosecha, nadie muele el maíz,

nadie cuida a los enfermos. La gente no solo moría de viruela: moría de hambre y de sed, abandonada en sus casas porque no quedaba nadie sano para atenderla.

El Códice Florentino describe la peste con palabras que todavía duelen: dice que la enfermedad "se enseñoreó" de la ciudad, que los enfermos "ya no podían moverse, ya no podían estar acostados boca arriba ni boca abajo", que "muchos murieron de hambre" porque no había quien les diera de comer. Los muertos se acumulaban en las casas y en las calles; no había manos para enterrarlos. Tenochtitlan, la ciudad más limpia y ordenada del continente, se convirtió en un osario.

Y la peste no distinguía rangos: en diciembre de 1520 murió Cuitláhuac, el tlatoani que había organizado la victoria de la Noche Triste y que preparaba la defensa final. Llevaba apenas unos meses en el trono. Su muerte fue un golpe devastador para la moral mexica: el líder de la resistencia, el hombre que había expulsado a los españoles, caía no ante un ejército, sino ante un mal invisible contra el que ningún guerrero podía luchar. Lo sucedió su primo Cuauhtémoc —"el águila que desciende"—, un joven de unos veinticinco años, hijo de Ahuízotl, que asumiría la defensa de la ciudad en las condiciones más desesperadas imaginables.

Detengámonos aquí, porque este es el corazón de la tesis de este libro. Sin la viruela, el sitio de Tenochtitlan habría sido una empresa muy distinta, y quizá imposible. La epidemia mató —según las estimaciones más prudentes— entre un tercio y la mitad de la población del valle de México en menos de un año. Diezmó a los guerreros, desorganizó la agricultura, quebró la moral y descabezó el mando mexica en el momento crítico. Los españoles, en cambio, eran en su mayoría inmunes: la viruela era una enfermedad vieja en

Europa, y casi todos los soldados la habían pasado de niños. La guerra bacteriológica más devastadora de la historia no fue planeada por nadie —Cortés no entendía lo que era un virus—, pero decidió la guerra más que todos los cañones juntos.

Esto no es una especulación moderna: los propios conquistadores lo sabían. Bernal Díaz escribió que la viruela fue "una gran plaga" que Dios envió contra los indígenas. Los misioneros posteriores la interpretaron como un castigo divino. Y los historiadores actuales —desde William McNeill hasta Noble David Cook— han documentado cómo las epidemias del siglo XVI redujeron la población indígena de México en más del ochenta por ciento. La caída de Tenochtitlan fue el primer capítulo de ese colapso demográfico. Ninguna tecnología europea puede explicar una derrota de esa magnitud; un virus sí.

Los bergantines del lago

Mientras la peste devastaba Tenochtitlan, Cortés preparaba en Tlaxcala la campaña final con una meticulosidad que revela a un estratega de primer orden. Su plan tenía tres patas: un ejército terrestre muy superior en número gracias a los aliados indígenas, el corte de los suministros de la ciudad, y —la novedad decisiva— una flota propia para dominar el lago.

La flota era la lección de la Noche Triste convertida en proyecto de ingeniería. Cortés ordenó construir trece bergantines —barcos pequeños de vela y remos, armados con cañones— en Tlaxcala, a más de doscientos kilómetros del lago. La madera se cortó en los bosques tlaxcaltecas, las piezas se ensamblaron y probaron, y luego se desmontaron para transportarlas pieza por pieza hasta Texcoco, a orillas del lago. El transporte fue una hazaña logística

colosal: miles de tamemes —cargadores indígenas— llevaron las vigas, las velas, los clavos y la jarcia a través de las montañas, escoltados por guerreros. En Texcoco, a orillas del agua, los barcos se volvieron a armar bajo la dirección de Martín López, el carpintero de ribera de la expedición.

El 28 de abril de 1521, los trece bergantines fueron botados al lago de Texcoco en una ceremonia solemne, con misa y salvas de artillería. Aquel día cambió la naturaleza de la guerra: por primera vez, los españoles podían combatir en el elemento donde los mexicas eran invencibles. Los bergantines, con sus cañones y sus velas, podían interceptar las canoas que abastecían a la ciudad, bombardear las calzadas y desembarcar tropas donde quisieran. El lago —la muralla líquida que había protegido a Tenochtitlan durante dos siglos— se convirtió en una avenida para el enemigo.



Pero los barcos no habrían servido de nada sin la segunda pata del plan: los aliados. Para la primavera de 1521, la coalición anti-mexica era un ejército de dimensiones nunca vistas en Mesoamérica. Los tlaxcaltecas aportaban decenas de miles de guerreros; se habían sumado los texcocanos —después de que Cortés depusiera a su señor e instalara a un joven príncipe favorable—, los de Chalco, los de Xochimilco, los chinamperos de la

orilla sur del lago. Las estimaciones hablan de más de cien mil combatientes indígenas junto a apenas novecientos españoles. Cada calzada sería atacada por una columna mixta; cada pueblo ribereño aportaría canoas de guerra. Tenochtitlan iba a ser sitiada por el Anáhuac entero.

La tercera pata era el hambre. Cortés entendió que no necesitaba tomar la ciudad por asalto: bastaba con cerrarla. Tenochtitlan era una isla que importaba casi toda su comida —el maíz de las chinampas no alcanzaba para doscientos mil habitantes—. Cortés ordenó talar las chinampas de los alrededores, interceptar las canoas de suministro y cortar el acueducto de Chapultepec que llevaba agua dulce a la ciudad. La estrategia era medieval y despiadada: rendir por hambre a una ciudad que no podía alimentarse a sí misma. Era la misma táctica que los reyes europeos usaban contra las ciudades rebeldes. Y funcionaría.

Los setenta y cinco días del cerco

El sitio comenzó el 26 de mayo de 1521 —algunas fuentes dicen el 30 de mayo— y duraría setenta y cinco días. Tres columnas españolas, cada una con sus aliados indígenas, ocuparon las tres calzadas: Pedro de Alvarado por Tlacopan al poniente, Cristóbal de Olid por Coyoacán al sur, y Cortés por Iztapalapa, también al sur. Los bergantines patrullaban el lago. La ciudad quedó rodeada por tierra y por agua.

Cuauhtémoc organizó la defensa con una energía y un talento que sus enemigos reconocieron. Reparó las calzadas, levantó barricadas en cada puente, organizó escuadrones de canoas de guerra, distribuyó las provisiones y mantuvo la disciplina de una población hambrienta y enferma. Los mexicas pelearon con un heroísmo que

los propios cronistas españoles registraron con admiración: defendían cada palmo de calzada, contraatacaban de noche, capturaban españoles para sacrificarlos en lo alto del Templo Mayor a la vista de sus compañeros —una guerra psicológica deliberada y terrible—.

Los primeros asaltos españoles fueron un fracaso. El 30 de junio de 1521 —justo un año después de la Noche Triste—, Cortés ordenó un asalto general por las tres calzadas. Los mexicas fingieron retirarse, atrajeron a los españoles a una zona de puentes levantados y contraatacaron con furia. Fue un desastre para los atacantes: murieron decenas de españoles —algunas fuentes dicen más de sesenta— y miles de aliados, y los mexicas capturaron vivos a varios españoles que fueron sacrificados aquella misma tarde en el Templo Mayor, ante los ojos horrorizados de sus compañeros. Cortés estuvo a punto de ser capturado; lo salvaron sus hombres en el último momento. Después de aquella derrota, los españoles cambiaron de táctica: en lugar de asaltar, avanzarían metro a metro, destruyendo sistemáticamente cada casa, cada edificio, cada manzana que tomaban, para no dejar refugios al enemigo. La ciudad empezó a ser demolida cuadra por cuadra.

Y entonces llegó el hambre. Con el lago bloqueado por los bergantines y las calzadas en manos enemigas, dejaron de entrar alimentos. Los mexicas comieron primero sus reservas, luego las raíces y las hierbas del lago, luego —según los testimonios más desgarradores del Códice Florentino— lagartijas, insectos, corteza de árbol y cuero remojado. El agua dulce se acabó cuando los españoles cortaron el acueducto; la gente bebía agua salobre del lago y enfermaba. La viruela seguía cobrando víctimas. Las calles se llenaron de muertos que nadie podía enterrar. Sahagún recoge el

testimonio de los ancianos: "ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas; ya no había nada que comer".



Hay que decirlo con claridad: el sitio de Tenochtitlan fue una de las operaciones militares más despiadadas del siglo XVI, comparable a los grandes asedios europeos. No fue una batalla caballeresca: fue la destrucción metódica de una ciudad y el exterminio por hambre de su población. Los cronistas españoles lo cuentan con orgullo; las fuentes mexicas lo cuentan como el fin del mundo. Ambas versiones coinciden en lo esencial: durante setenta y cinco días, Tenochtitlan resistió más allá de lo humanamente soportable.

Ixtlilxóchitl: el príncipe de Texcoco

Si Tlaxcala aportó los guerreros y la viruela aportó la muerte, Texcoco aportó la base naval sin la cual el sitio habría sido imposible. Y Texcoco se la dio a Cortés un príncipe resentido:

Ixtlilxóchitl, el hijo despojado de Nezahualpilli.

La historia es un drama dinástico. Nezahualpilli, el gran rey-filósofo de Texcoco, murió en 1515 dejando varios hijos de distintas madres. El consejo texcocano —con la injerencia decisiva de Moctezuma, tío de uno de los candidatos— eligió a Cacamatzin, el hijo de la princesa mexicana. Ixtlilxóchitl, hijo de otra esposa y con fuertes apoyos entre la nobleza texcocana, se consideró despojado: se rebeló, se hizo fuerte en el norte del reino y mantuvo una guerra sorda contra su hermano. Texcoco —la segunda ciudad de la Triple Alianza, la Atenas del Anáhuac— quedó dividida en dos.

Cuando Cortés llegó al valle en 1519, Ixtlilxóchitl vio su oportunidad. Envio embajadores al campamento español ofreciendo su alianza contra Cacamatzin y contra Moctezuma. Cortés —que entendía el valor de un príncipe local— aceptó de inmediato. Después de la Noche Triste, cuando los españoles se refugiaron en Tlaxcala, Ixtlilxóchitl se convirtió en su principal aliado en el valle: aportó miles de guerreros texcocanos, guías que conocían el lago palmo a palmo y —lo decisivo— el territorio de la orilla oriental donde se ensamblarían los bergantines.

La caída de Texcoco —a principios de 1521— fue una operación conjunta: las columnas españolas y los partidarios de Ixtlilxóchitl tomaron la ciudad, depusieron a Cacamatzin —que fue llevado prisionero y moriría después— e instalaron a un joven príncipe favorable a los españoles, con Ixtlilxóchitl como poder detrás del trono. Texcoco se convirtió en el arsenal de la conquista: allí se armaron los trece bergantines, allí se acumularon los víveres, allí se organizó la logística del sitio. El lago de Texcoco —el lago de la capital enemiga— se convirtió en el puerto de la flota conquistadora. La ironía no se le escapó a nadie: la segunda ciudad

del imperio construía los barcos que destruirían a la primera.

Ixtlilxóchitl peleó en el sitio con sus guerreros y fue recompensado después: los españoles lo confirmaron como señor de Texcoco y le concedieron privilegios. Pero su victoria fue pírrica: Texcoco, como Tenochtitlan, quedó arruinada por la guerra y la peste, y el príncipe que había traicionado a su hermano por ambición terminó siendo un vasallo más del nuevo orden colonial. Su historia es la parábola de todos los aliados indígenas de la conquista: ganaron su venganza inmediata y perdieron su mundo. Los que ayudaron a destruir Tenochtitlan no heredaron su poder: heredaron las encomiendas, los tributos y —con el tiempo— el olvido. Ixtlilxóchitl murió cristiano y ennoblecido por los españoles, señor de una ciudad fantasma.

La guerra en el agua: canoas contra bergantines

El sitio de Tenochtitlan se decidió en el agua, y la guerra naval del lago de Texcoco —poco conocida fuera de los círculos de especialistas— fue una de las campañas más originales del siglo XVI. Enfrentó dos formas opuestas de entender la navegación de guerra: las canoas mexicas, rápidas y numerosas, contra los bergantines españoles, lentos pero artillados.

Las canoas de guerra mexicas eran embarcaciones ligeras de madera, tripuladas por dos o tres guerreros: uno remaba y los otros disparaban flechas, lanzaban dardos con atlatl o arrojaban piedras con hondas. Su ventaja era la maniobrabilidad: podían moverse por los canales estrechos de la ciudad, esconderse entre los tulares —los carrizales de la orilla—, atacar de noche y desaparecer antes de que los bergantines pudieran responder. Los mexicas las usaron con audacia: tendían emboscadas a los bergantines aislados, atacaban las columnas que avanzaban por las calzadas desde los

flancos, intentaban romper el bloqueo con incursiones nocturnas para llevar víveres a la ciudad. Hubo noches en que cientos de canoas rodeaban un bergantín, y solo el fuego de su cañón —disparando metralla a quemarropa— las mantenía a raya.

Los bergantines españoles eran otra cosa: barcos de unas quince toneladas, con velas latinas y remos, tripulados por unos veinticinco hombres —marineros, soldados y un artillero— y armados con un cañón pequeño en la proa. Su ventaja era el poder de fuego y la resistencia: una canoa no podía hundir un bergantín, pero un cañonazo podía destrozar una canoa. Su debilidad era el calado: en las zonas poco profundas del lago —y el lago de Texcoco era en gran parte poco profundo— los bergantines encallaban, y entonces quedaban a merced de las canoas. Los mexicas aprendieron rápido: clavaban estacas bajo el agua en los pasos poco profundos para atrapar a los barcos españoles, y los atacaban cuando estaban inmovilizados.

La guerra naval duró los setenta y cinco días del sitio, y fue una guerra de desgaste. Los españoles no lograron nunca un control total del lago: las canoas mexicas siguieron moviéndose de noche hasta el final. Pero lograron lo esencial: impedir el tráfico diurno de suministros, bombardear las posiciones mexicas desde el agua, desembarcar tropas en puntos inesperados y —lo más importante— demostrar que el lago ya no era un refugio seguro. La muralla líquida de Tenochtitlan había sido flanqueada. Y cada bergantín era tripulado, conviene recordarlo, con ayuda indígena: los marineros españoles no daban abasto, y los aliados aportaron remeros y guías que conocían cada canal y cada bajo del lago. Hasta en el agua, la conquista fue una empresa mixta.

13 de agosto: anatomía del último día

El 13 de agosto de 1521 amaneció sobre una ciudad moribunda. Tlatelolco —el último reducto— era un campo de ruinas: las casas demolidas, las calles obstruidas de escombros y cadáveres, el aire irrespirable. Los defensores que quedaban —quizá unos pocos miles de guerreros, más mujeres, niños y ancianos— llevaban semanas sin comer. Cuauhtémoc había rechazado todas las ofertas de rendición: Cortés le había prometido respetar su vida y su rango si se entregaba, pero el tlatoani —joven, orgulloso, consciente de lo que significaba su linaje— prefería morir como guerrero.

El asalto final comenzó al amanecer por las tres calzadas a la vez. Las columnas aliadas —decenas de miles de tlaxcaltecas, texcocanos y otros— avanzaron sobre las últimas barricadas, mientras los bergantines cerraban el lago. La resistencia fue desesperada pero breve: no quedaban fuerzas para una batalla. Lo que siguió no fue un combate, fue una matanza. Los aliados, enardecidos, se lanzaron sobre la población indefensa: hombres, mujeres y niños fueron acuchillados sin distinción. Los cronistas españoles —incómodos ante la magnitud de la carnicería— escriben que Cortés ordenó detener la matanza y que sus hombres no pudieron contener a los aliados. Es probable que sea verdad: el odio acumulado durante generaciones no obedecía órdenes españolas.

En medio del caos, Cuauhtémoc tomó su decisión final. Con su esposa —la princesa Tecuichpo, hija de Moctezuma—, sus consejeros y algunos nobles, subió a una canoa grande e intentó cruzar el lago hacia tierra firme. Quizá esperaba reorganizar la resistencia en otra ciudad; quizá solo buscaba morir libre. Pero los bergantines patrullaban, y el de García Holguín avistó la canoa. Los marineros se dispusieron a disparar; entonces vieron los penachos y

las insignias: eran nobles. Holguín ordenó capturar la canoa intacta. Cuauhtémoc, al verse rodeado, no opuso resistencia: estaba demasiado débil por el hambre para empuñar un arma.

Lo llevaron ante Cortés, que lo recibió en su campamento. Y entonces ocurrió la escena que Bernal Díaz inmortalizó: Cuauhtémoc se adelantó, tocó el puñal que Cortés llevaba en la cintura y le dijo —según la versión más difundida—: "Señor, ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y no puedo más; toma ese puñal y márame con él". Pedía la muerte honorable del guerrero vencido. Cortés —y este es uno de los pocos gestos de magnanimidad que se le pueden reconocer sin reservas— lo abrazó, le dijo que no temiera, que sería tratado con honor, y lo puso bajo su protección. Aquel día, el vencedor respetó al vencido.

Pero la guerra había terminado de la peor manera posible: no con una rendición negociada que salvara a la población, sino con el exterminio. Se calcula que en el último día murieron más de quince mil personas —la mayoría civiles—. El lago, dicen los testimonios, quedó cubierto de cuerpos. Tenochtitlan —la ciudad que había asombrado a los españoles dos años antes— ya no existía: era un montón de ruinas humeantes habitado por fantasmas. El 13 de agosto de 1521 es la fecha más trágica de la historia de México, y conviene recordarla no como una victoria, sino como un duelo: el día en que el Anáhuac se destruyó a sí mismo, con ayuda extranjera.

La caída: 13 de agosto de 1521

A principios de agosto, la ciudad se había reducido al barrio de Tlatelolco, en el extremo norte de la isla. Los defensores —mujeres, niños y ancianos incluidos— se apiñaban entre ruinas, sin comida,

sin agua, rodeados de cadáveres. Cuauhtémoc se negaba a rendirse: había jurado defender la ciudad hasta el final, y los sacerdotes le habían asegurado que los dioses aún podían intervenir. Pero ya no quedaba nada que defender.

El 13 de agosto de 1521 —día 1-Cóatl, año 3-Casa, según el calendario mexica—, las columnas españolas y sus aliados entraron en Tlatelolco. La matanza final fue espantosa: los aliados indígenas —tlaxcaltecas sobre todo—, enardecidos por generaciones de odio, masacraron sin piedad a la población indefensa. Los cronistas españoles, incómodos, admiten que no pudieron detener la carnicería. El lago se tiñó de rojo; los canales se obstruyeron con cuerpos. Fue el día más oscuro de la conquista, y sus principales ejecutores no fueron españoles.

Cuauhtémoc intentó huir en una canoa con su familia y sus consejeros, buscando quizá refugio en tierra firme para continuar la resistencia. Pero los bergantines patrullaban el lago, y el capitán García Holguín interceptó su canoa. El último tlatoani de Tenochtitlan fue capturado sin poder oponer resistencia: estaba demasiado débil por el hambre. Lo llevaron ante Cortés. Y entonces ocurrió una escena que la historia no ha olvidado: Cuauhtémoc, según Bernal Díaz, se acercó a Cortés, le pidió su puñal y, señalándose el pecho, le dijo: "toma ese puñal que tienes en la cintura y mátame con él". Pedía la muerte de un guerrero. Cortés —hay que reconocerlo— le perdonó la vida y lo trató con honor, al menos aquel día.

La guerra había terminado. Tenochtitlan —la ciudad más grande de América, la capital de un imperio de cinco millones de personas— yacía en ruinas, con sus templos demolidos, sus palacios quemados y su población diezmada. Los españoles calcularon que habían

muerto más de cien mil personas durante el sitio; las cifras reales probablemente fueron mayores. El imperio mexica había dejado de existir.



El ejército invisible: los aliados en el sitio

Cuando se habla del sitio de Tenochtitlan se suele imaginar a unos cientos de españoles asediando una ciudad de doscientos mil habitantes, una imagen tan épica como falsa. La realidad numérica del sitio es la prueba más contundente de la tesis de este libro, así que conviene establecerla con precisión.

En mayo de 1521, las fuerzas de Cortés sumaban unos novecientos españoles: ochenta y seis jinetes, ciento dieciocho arcabuceros y ballesteros, y el resto peones con espada y rodela. Trece bergantines con un cañón cada uno. Eso era todo el contingente europeo. Frente a ellos, Tenochtitlan y Tlatelolco reunían todavía

—después de la peste— decenas de miles de guerreros dispuestos a morir defendiendo su ciudad.

Pero los españoles no sitiaron solos la ciudad. Las columnas que ocuparon las calzadas iban acompañadas por contingentes indígenas masivos: los tlaxcaltecas aportaron —según las estimaciones más serias— entre treinta mil y cincuenta mil guerreros; los texcocanos de Ixtlilxóchitl, un número similar; los chalcas, los de Xochimilco, los huexotzincas, los totonacas y decenas de pueblos más sumaron decenas de miles adicionales. El total de combatientes indígenas aliados oscilaba entre cien mil y doscientos mil hombres. La proporción era abrumadora: por cada español había más de cien aliados indígenas. Cada asalto a las calzadas lo ejecutaban miles de guerreros tlaxcaltecas y texcocanos; los españoles eran los oficiales y la artillería de un ejército indígena.

Y no solo combatían: los aliados aportaban la logística entera de la campaña. Los tamemes —cargadores— transportaban los víveres, las armas, las piezas de los bergantines. Los pueblos ribereños aportaban miles de canoas de guerra que hostigaban a la ciudad desde el agua. Los chinamperos cortaban los suministros. Sin esa maquinaria logística indígena, novecientos españoles no habrían podido mantener un sitio de setenta y cinco días ni una semana: se habrían muerto de hambre antes que los sitiados.

¿Por qué peleaban? Cada pueblo tenía sus razones, y ninguna era el amor a España. Los tlaxcaltecas peleaban por venganza: un siglo de guerras floridas, miles de sus jóvenes sacrificados en el Templo Mayor. Los texcocanos de Ixtlilxóchitl peleaban por el trono que Moctezuma les había negado. Los chalcas y los xochimilcas peleaban por liberarse del tributo. Y todos peleaban por el botín

prometido: Cortés les había ofrecido el saqueo de la ciudad más rica del continente. Cuando Tlatelolco cayó el 13 de agosto, fueron los aliados quienes se lanzaron al saqueo con más ferocidad, y fueron ellos quienes ejecutaron la mayor parte de la matanza final. La crueldad del sitio tuvo, en su mayor parte, manos indígenas. Es un hecho incómodo, pero es un hecho: la destrucción de Tenochtitlan fue obra del Anáhuac contra Tenochtitlan, con asesoría europea.

El hambre como arma de guerra

El sitio de Tenochtitlan no se ganó por asalto: se ganó por hambre. Y el hambre fue un arma deliberada, planificada con frialdad por Cortés desde el principio. Conviene entender el mecanismo, porque revela la lógica despiadada de la guerra de asedio.

Tenochtitlan era una isla de unos trece kilómetros cuadrados con una población de entre doscientos mil y trescientos mil habitantes. Las chinampas que la rodeaban producían alimentos, pero ni de lejos los suficientes para tanta gente: la ciudad importaba la mayor parte de su maíz, su frijol, su chile y su cacao de tierra firme, a través de las calzadas y en canoas. Era una metrópoli dependiente de sus líneas de suministro, como todas las grandes capitales de la historia. Cortés lo sabía —se lo habían explicado sus aliados— y diseñó el sitio como una operación de estrangulamiento.

Primero, los bergantines. Trece barcos armados patrullando el lago podían interceptar cualquier canoa que intentara llevar víveres a la ciudad. Los mexicas tenían miles de canoas de guerra y las usaron con valor —hubo combates navales encarnizados—, pero las canoas no podían enfrentarse a los cañones de los bergantines en aguas abiertas. Poco a poco, el tráfico lacustre se redujo a incursiones nocturnas cada vez más arriesgadas.

Segundo, las calzadas. Las tres columnas aliadas ocuparon las calzadas y avanzaron metódicamente, destruyendo cada casa y cada edificio que tomaban para no dejar refugios. Los pueblos ribereños que abastecían a la ciudad —Iztapalapa, Xochimilco, Cuitláhuac— fueron tomados uno por uno o se rindieron. Cada pueblo que caía era una despensa menos para Tenochtitlan.

Tercero, el agua. Cortés ordenó cortar el acueducto de Chapultepec, la arteria de agua dulce de la ciudad. Sin el acueducto, los sitiados tuvieron que beber agua del lago —salobre— o de los pocos pozos de la isla. La deshidratación y las enfermedades intestinales se sumaron al hambre y a la viruela.

El resultado fue una hambruna de proporciones bíblicas. El Códice Florentino —nuestra fuente más directa— describe el deterioro por etapas: primero se acabaron las reservas de maíz; luego la gente comió hierbas del lago, raíces y flores; después lagartijas, ratones e insectos; al final, corteza de árbol, cuero remojado y tierra. Los niños morían primero; luego los ancianos; luego todos. Los testimonios hablan de madres que no tenían leche para sus hijos, de familias enteras muertas en sus casas, de calles llenas de cadáveres que nadie tenía fuerzas para enterrar. "Y ya no teníamos nada que comer", dicen los ancianos de Sahagún, con una sencillez que estremece más que cualquier hipérbole.

El hambre, como arma, tiene una característica terrible: no distingue entre guerreros y civiles, entre culpables e inocentes. El sitio de Tenochtitlan mató a más civiles que combatientes, y esa es la verdad que los partes de victoria españoles suelen omitir. Cuando se dice que la conquista fue una hazaña militar, conviene recordar que su instrumento decisivo fue dejar morir de hambre a una ciudad entera.

Los que no peleaban: mujeres, niños y ancianos

Las crónicas de la conquista —españolas e indígenas— se concentran en los guerreros, pero el sitio de Tenochtitlan fue sufrido sobre todo por quienes no peleaban. Vale la pena darles voz, porque su sufrimiento es la medida real de la catástrofe.

Las mujeres de Tenochtitlan sostuvieron la ciudad durante el sitio. Cuando los hombres combatían en las calzadas, eran las mujeres quienes molían el poco maíz que quedaba, quienes cuidaban a los enfermos de viruela, quienes buscaban hierbas comestibles en las orillas del lago bajo el fuego enemigo, quienes escondían a los niños durante los asaltos. El Códice Florentino recoge escenas desgarradoras: mujeres que ofrecían a sus hijos a los guerreros para que se los llevaran lejos de la ciudad, madres que morían abrazadas a sus pequeños. Cuando Tlatelolco cayó, fueron las mujeres las principales víctimas de la matanza final: los vencedores —sobre todo los aliados indígenas— las capturaron como botín de guerra, las violaron y las esclavizaron. La conquista, como todas las conquistas, se escribió sobre los cuerpos de las mujeres vencidas.

Los niños del sitio vivieron setenta y cinco días de horror que marcarían a los supervivientes para siempre. Los que sobrevivieron —y fueron pocos— crecieron en la Ciudad de México colonial como una generación del trauma: habían visto morir a sus padres de hambre, habían comido hierbas para no morir, habían escuchado los tambores de guerra y los cañonazos durante meses. Algunos de esos niños, ya ancianos, fueron los informantes de fray Bernardino de Sahagún cuando, cincuenta años después, el fraile recogió los testimonios del Códice Florentino. Gracias a ellos sabemos lo que sabemos: la memoria del sitio sobrevivió en quienes lo sufrieron de niños.

Y estaban los ancianos, los tlamatinime —los sabios—, los guardianes de la memoria. Muchos murieron en el sitio, y con ellos murió una parte irreemplazable del conocimiento mexica: genealogías, historias, cantos, conocimientos astronómicos y médicos que nunca se escribieron. La conquista no solo destruyó una ciudad: destruyó una biblioteca viviente. Lo que sobrevivió —los códices, los testimonios— es una fracción de lo que se perdió. Cada vez que leemos el Códice Florentino deberíamos recordar que lo que leemos es lo que unos pocos ancianos lograron salvar del naufragio.

El oro que no existía: botín y decepción

Después de la caída de Tlatelolco, los vencedores se repartieron el botín, y el reparto reveló la verdadera economía de la conquista: una estafa piramidal. Los soldados esperaban el oro fabuloso que habían visto en los regalos de Moctezuma y en el tesoro de Axayácatl. Lo que encontraron fue mucho menos: la ciudad había sido saqueada durante meses por sus propios defensores —que escondieron o fundieron sus joyas—, gran parte del tesoro se había perdido en la Noche Triste, y lo que quedaba era modesto. Cuando se fundió todo y se repartió, descontando el quinto real y las partes de Cortés y sus capitanes, a cada soldado le tocaron unos cien pesos de oro: una miseria comparada con lo prometido. Los hombres murmuraron, protestaron, algunos lloraron de rabia. Habían arriesgado la vida durante dos años por una fortuna que no existía.

La decepción tuvo consecuencias brutales. Convencido de que los señores mexicas escondían un tesoro secreto, Cortés ordenó someter a tormento a Cuauhtémoc y a otros nobles: les quemaron

los pies con aceite hirviendo para que confesaran dónde estaba el oro. Cuauhtémoc soportó el tormento sin delatar nada —porque no había nada que delatar— y, según la leyenda, cuando uno de sus compañeros se quejaba, le dijo: "¿estoy yo acaso en un lecho de rosas?". La frase, probablemente apócrifa, resume la dignidad del vencido frente a la codicia del vencedor.

El episodio del tormento mancha para siempre la memoria de Cortés, y conviene no pasarlo por alto: el "magnánimo" vencedor del 13 de agosto era capaz de torturar a un prisionero indefenso por codicia. Pero también revela algo más profundo: la conquista de México, despojada de sus justificaciones religiosas y civilizatorias, fue en su origen una empresa de saqueo. El oro era el motor; la cruz y la corona, la legitimación. Cuando el oro no apareció, la legitimación se quedó sin combustible, y lo que siguió —la colonización, la encomienda, la evangelización— fue el intento de construir un imperio sobre las ruinas de un saqueo decepcionante.

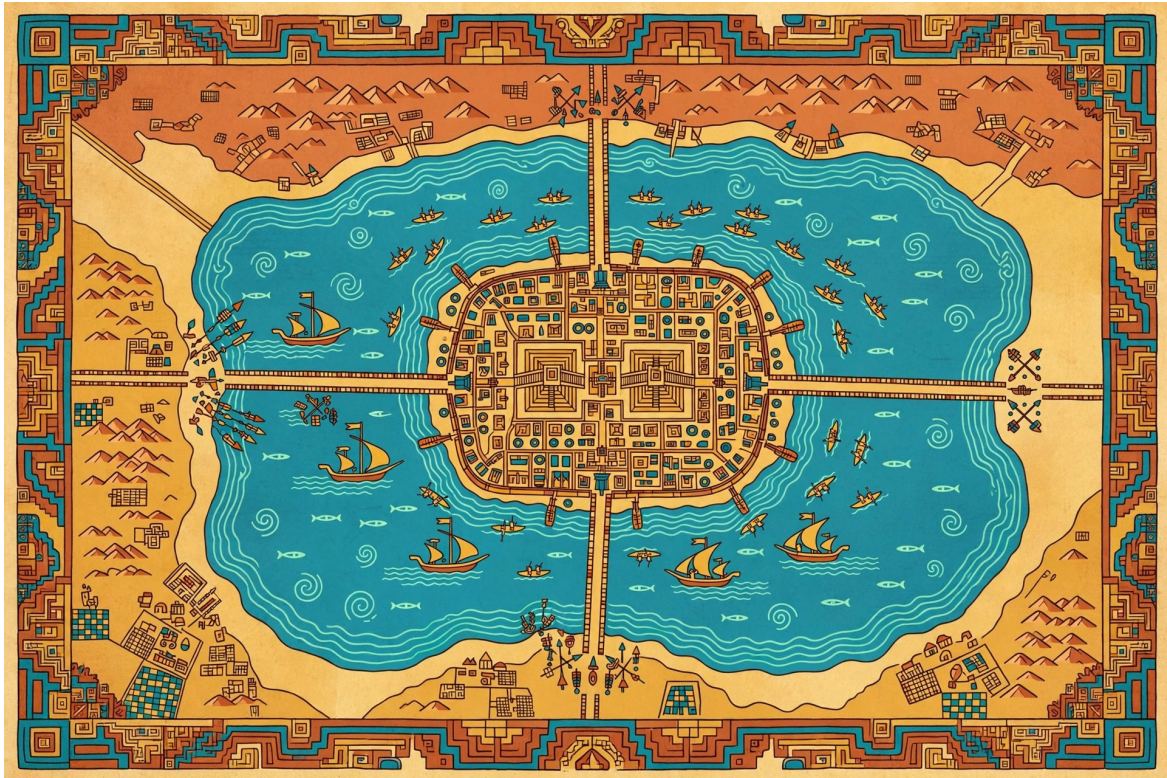
Cuatro años después, en 1525, Cortés ordenó ahorcar a Cuauhtémoc en la selva de Acalán, durante la desastrosa expedición a las Hibueras, bajo la acusación nunca probada de conspirar contra los españoles. El último tlatoani murió lejos de su ciudad, en manos del hombre que le había perdonado la vida. Con él se cerró el círculo: la conquista había empezado con el abrazo protocolario de dos mundos en una calzada y terminaba con la horca en la selva. Entre uno y otra, un imperio había desaparecido y otro había nacido. Pero esa —la historia de la Nueva España— ya no pertenece a este volumen.

Tenochtitlan después de Tenochtitlan

La caída de la ciudad no fue el final de la historia, sino el principio

de otra. Cortés, pragmático, comprendió que necesitaba a los mexicas sobrevivientes: ¿quién iba a reconstruir la ciudad, quién iba a trabajar las minas, quién iba a pagar tributo? Instaló a Cuauhtémoc como gobernante títere —el último tlatoani gobernó cuatro años más como vasallo de los españoles— y comenzó la construcción de la Ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlan, usando las mismas piedras de los templos demolidos para levantar iglesias y palacios. La catedral metropolitana se alzó junto a las ruinas del Templo Mayor; el palacio virreinal, sobre el palacio de Moctezuma. La conquista se escribió en piedra: la nueva ciudad era, literalmente, la antigua ciudad reutilizada.

Pero la violencia no había terminado. En 1521, decepcionado porque el botín de oro era menor de lo esperado, Cortés sometió a Cuauhtémoc y a otros señores a tormento —les quemaron los pies con aceite hirviendo— para que revelaran dónde estaba escondido el tesoro. El tesoro no existía: se había perdido en la Noche Triste o se había gastado en la guerra. Años después, en 1525, durante la expedición a las Hibueras —Honduras—, Cortés ordenó ahorcar a Cuauhtémoc bajo la acusación —nunca probada— de conspirar contra los españoles. El último defensor de Tenochtitlan murió en la selva, lejos de su ciudad, ejecutado por el hombre que le había perdonado la vida cuatro años antes. Con él murió también la última esperanza de la resistencia mexica organizada.



Y sin embargo —y este es el epílogo que importa—, los mexicas no desaparecieron. Sobrevivieron a la peste, al hambre y a la espada, y sus descendientes pueblan hoy el valle de México. Su lengua, el náhuatl, la hablan todavía más de un millón y medio de personas. Sus códices —el Florentino, el Mendoza, el Borgia— preservan su memoria. Su ciudad sigue ahí, bajo la Ciudad de México: cada vez que se excava en el centro histórico aparecen templos, ofrendas y esculturas. Tenochtitlan cayó, pero no fue borrada.

Después del 13 de agosto: la ciudad sobre las ruinas

La caída de Tenochtitlan no fue el final de la historia, sino el principio de una transformación que duraría siglos. Lo que ocurrió en los meses y años siguientes al 13 de agosto de 1521 merece contarse, porque en ello se decidió qué quedaría del mundo mexica

y qué nacería en su lugar.

Lo primero fue la limpieza —en el sentido más literal—. La ciudad era un cementerio: decenas de miles de cadáveres en las calles, en las casas, en los canales. Cortés ordenó a los sobrevivientes —mexicas y aliados— recoger los cuerpos y quemarlos o enterrarlos. El olor, dicen los testimonios, era insoportable a leguas de distancia. Las enfermedades —la viruela seguía activa, y se sumaron el tifus y otras pestes— continuaron matando durante meses. La población del valle, que antes de 1519 rondaba el millón y medio de personas, se desplomó: un siglo después, apenas quedaba una décima parte.

Lo segundo fue la reconstrucción —o más bien la reutilización—. Cortés decidió fundar la capital de la Nueva España sobre las ruinas de Tenochtitlan, y no en otro lugar. La decisión fue política y simbólica: ocupar el centro del poder vencido demostraba que el poder había cambiado de manos. Los españoles trazaron la nueva ciudad en cuadrícula —el damero colonial— sobre el antiguo recinto sagrado: la catedral se alzó junto a las ruinas del Templo Mayor, el palacio virreinal sobre el palacio de Moctezuma, las casas de los conquistadores sobre los palacios de la nobleza. Las piedras de los templos demolidos se reutilizaron en las iglesias: la conquista se escribió literalmente en piedra, con el material del mundo destruido.

¿Y los mexicas sobrevivientes? Cortés —pragmático hasta el cinismo— los necesitaba: ¿quién iba a construir la nueva ciudad, quién iba a cultivar las chinampas, quién iba a pagar tributo? Instaló a Cuauhtémoc como gobernante de los mexicas bajo autoridad española, mantuvo en parte la estructura de los calpulli —los barrios— y utilizó a la nobleza sobreviviente como intermediarios.

Fue el principio del sistema colonial: los vencidos seguirían trabajando, pero ahora para nuevos amos. La encomienda —el reparto de pueblos indígenas entre los conquistadores— institucionalizó la explotación: cada español recibió un grupo de indígenas que debían tributarle trabajo y productos a cambio de "protección" y evangelización. En la práctica, fue una esclavitud disfrazada que despoblaría el centro de México en una generación.

Pero los mexicas no desaparecieron —y este es el epílogo que importa—. Sobrevivieron a la peste, al hambre, a la espada y a la encomienda. Aprendieron el español sin olvidar el náhuatl; adoptaron el cristianismo sin abandonar del todo a sus antiguos dioses —que sobrevivieron disfrazados de santos—; trabajaron en la construcción de la ciudad colonial manteniendo sus barrios, sus oficios, sus fiestas. Sus descendientes pueblan hoy el valle de México: los millones de mexicanos que hablan náhuatl, que cultivan chinampas en Xochimilco, que celebran el Día de Muertos con ofrendas prehispánicas, son los herederos directos de los vencidos del 13 de agosto.

Tenochtitlan cayó, pero no fue borrada. Sigue ahí, bajo la Ciudad de México: cada vez que el metro excava un túnel o que se cimienta un edificio en el centro histórico, aparecen templos, esculturas, ofrendas. En 1978, el hallazgo de la Coyolxauhqui desató las excavaciones del Templo Mayor, y desde entonces la ciudad mexicana emerge poco a poco de debajo de la ciudad colonial, como un recuerdo que se niega a desaparecer. La conquista destruyó un imperio; no pudo destruir una civilización. Y esa es la última lección de este libro: las ciudades caen, los imperios mueren, pero los pueblos —cuando conservan su lengua, su memoria y su dignidad— sobreviven a sus vencedores.

Los cantos del sitio: la poesía de la derrota

De la caída de Tenochtitlan no solo quedaron crónicas y códices: quedaron poemas. Los Cantares Mexicanos —la colección de poesía náhuatl recogida en el siglo XVI— contienen algunos de los lamentos más desgarradores de la literatura universal, compuestos por quienes vivieron el sitio o por sus hijos. Merecen cerrar este capítulo, porque en ellos la historia se vuelve voz humana.

El más famoso es el "Canto de la caída", que dice —en la traducción de Miguel León-Portilla—: "El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco... ¿A dónde vamos? ¡Oh amigos! Luego ¿fue verdad? Ya abandonamos la ciudad...". Otro fragmento, el más citado de todos: "Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados". No son metáforas: son testimonios. Quienes cantaban estos versos habían visto morir a sus familias de hambre, habían comido cuero para sobrevivir, habían escuchado los cañonazos durante setenta y cinco días.

La poesía náhuatl de la derrota tiene una característica única en la literatura de los vencidos: no pide venganza, no maldice a los vencedores, no se regodea en el odio. Llorar. Y al llorar, afirma algo que la derrota no pudo quitar: la dignidad. "¿Es que no vale nada la sangre de los guerreros?", pregunta un canto. "¿En vano murieron nuestros padres?". La respuesta implícita es no: la resistencia tuvo sentido porque fue resistencia, porque defendieron su ciudad hasta el final. Es la ética del guerrero mexica —el honor en la derrota— convertida en poesía.

Estos cantos se transmitieron de boca en boca durante generaciones, en náhuatl, mucho después de que la ciudad cayera.

Los frailes los recogieron sin comprender del todo lo que significaban: para ellos eran curiosidades etnográficas; para los mexicas sobrevivientes eran la memoria viva de la catástrofe, el equivalente a los salmos del exilio babilónico. Cada vez que se cantaban, Tenochtitlan resucitaba por un momento.

Y siguen cantándose. La poesía náhuatl no murió con la conquista: el náhuatl lo hablan hoy más de un millón y medio de personas, y los cantos antiguos se estudian en las universidades y se recitan en las ceremonias. La última palabra sobre la caída de Tenochtitlan no la tienen los cronistas españoles ni los historiadores modernos: la tienen los poetas vencidos, que convirtieron la derrota en belleza. "Con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados" —cinco siglos después, el lamento sigue sonando, y mientras suene, Tenochtitlan no habrá caído del todo.

La memoria del 13 de agosto: cómo recuerda México la caída

Cinco siglos después, el 13 de agosto sigue siendo una fecha incómoda en México: no es una fiesta nacional, no es un día de luto oficial, es una herida abierta que cada generación reinterpreta. Cómo recuerda un país su derrota más grande dice mucho de quién es, y la memoria de la caída de Tenochtitlan ha pasado por varias vidas.

Durante la colonia, la fecha se conmemoró de forma ambigua: los criollos celebraban la "conquista" como el nacimiento de la Nueva España cristiana, mientras los indígenas sobrevivientes guardaban el duelo en privado, en náhuatl, en los cantos y en las fiestas locales. La historia oficial era española; la memoria real era mexicana y clandestina.

Con la independencia, el péndulo osciló: los héroes de 1810 —Hidalgo, Morelos— reivindicaron a Cuauhtémoc como precursor de la libertad mexicana, y el último tlatoani se convirtió en símbolo nacional. El siglo XIX liberal lo consagró: hay un monumento a Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma, su nombre bautiza calles, escuelas y ciudades. Paradójicamente, el México independiente —mestizo, católico, hispanohablante— eligió como héroe al defensor del mundo que la conquista destruyó. Es la contradicción fundacional de la identidad mexicana: hija de Cortés y de la Malinche, llora por Cuauhtémoc.

El siglo XX añadió capas: la Revolución reivindicó lo indígena; los muralistas —Rivera, Orozco— pintaron la conquista como una tragedia y una violación; la antropología moderna —León-Portilla y su "Visión de los vencidos"— le dio voz académica a los derrotados. Y en 2021, al cumplirse quinientos años de la caída, el gobierno mexicano organizó conmemoraciones que presentaron el 13 de agosto como una fecha de "resistencia indígena" más que de derrota, y pidió —sin éxito— que España pidiera perdón por la conquista.

¿Qué queda, en limpio, de todas estas memorias? Quizá esto: que la caída de Tenochtitlan no es un episodio cerrado del pasado, sino un espejo en el que México se mira cada vez que se pregunta quién es. ¿Somos los vencedores o los vencidos? ¿Los herederos de Cortés o los de Cuauhtémoc? La respuesta honesta —la que este libro defiende— es que somos ambas cosas, y que la grandeza de México está precisamente en esa dualidad asumida: un país mestizo que puede honrar al mismo tiempo la audacia del conquistador y la dignidad del vencido, sin renunciar a ninguno de los dos legados. El 13 de agosto no es un día de victoria ni de derrota: es el

cumpleaños trágico de una nación.



La tesis de este libro, al cerrar, se puede formular en una frase: Tenochtitlan no cayó ante la superioridad europea; cayó ante la desunión mesoamericana y ante un microbio. Los españoles aportaron la chispa —unos cientos de hombres audaces, bien armados y mejor informados—, pero el incendio lo puso el resentimiento de los pueblos sometidos y la viruela puso el viento. Sin Tlaxcala, sin los totonacas, sin los texcocanos, Cortés habría sido un cadáver más en el fondo del lago. Sin la viruela, el sitio habría enfrentado a una ciudad sana y bien defendida, y la historia habría sido otra. Recordarlo no disminuye el heroísmo de Cuauhtémoc ni la tragedia de los vencidos: al contrario, les devuelve su verdadera dimensión. No fueron vencidos por dioses ni por una civilización superior. Fueron vencidos por la traición de sus vecinos y por una peste que nadie en el mundo del siglo XVI habría

podido detener. Y aun así, resistieron setenta y cinco días. Que la memoria de esa resistencia no se pierda jamás.

Que este volumen sirva para honrar a quienes defendieron Tenochtitlan y para recordar una verdad que cinco siglos de historia oficial intentaron ocultar: que la conquista no la ganaron los más fuertes ni los más valientes, sino los más afortunados; y que la fortuna, en 1521, tuvo la forma de un virus y el rostro de los aliados. La historia la escriben los vencedores, pero la memoria —terca, digna, indestructible— pertenece a los vencidos.

Glosario de términos en náhuatl

Aztlán — "Lugar de garzas" o "lugar de blancura". Tierra mítica de origen de los mexicas.

Calmécac — Escuela de la nobleza, donde se formaban sacerdotes, gobernantes y jueces.

Calpixque — Funcionario encargado de la recaudación de tributos en las provincias.

Calpulli — Clan o barrio; unidad básica de organización social y territorial.

Chinampa — Plataforma agrícola construida sobre el lago; "jardín flotante".

Cihuacóatl — "Mujer Serpiente". Segundo al mando del imperio, encargado de la administración interna.

Códice — Manuscrito pictográfico en papel de amate o piel de venado.

Cuauhtli — Águila; orden militar de los guerreros águila.

Huehuetlatolli — "Discursos de los ancianos". Máximas morales y reflexiones filosóficas.

Huitzilopochtli — Dios tutelar de los mexicas; el sol en su aspecto

guerrero.

Macehualtin — El pueblo común; base agrícola y artesanal de la sociedad.

Mexica — Nombre que se daban a sí mismos los mal llamados "aztecas".

Mictlan — El inframundo, lugar de los muertos.

Náhuatl — Lengua de los mexicas, aún hablada por más de un millón de personas.

Ocelotl — Jaguar; orden militar de los guerreros jaguar.

Ometeotl — "Dios Dual". Principio creador supremo, de naturaleza abstracta.

Pipiltin — La nobleza hereditaria.

Pochteca — Comerciante profesional de larga distancia; también espía y embajador.

Quetzalcóatl — "Serpiente Emplumada". Dios de la sabiduría, el viento y la vida.

Telpochcalli — Escuela del pueblo común, donde se formaban los guerreros.

Tezcatlipoca — "Espejo Humeante". Dios de la noche, la magia y el destino.

Tianguis — Mercado.

Tlacotin — Esclavo; condición no hereditaria ni necesariamente permanente.

Tláloc — Dios de la lluvia y del agua.

Tlamatinime — "Los que saben". Sabios guardianes de la memoria y

el conocimiento.

Tlatoani — "El que habla". Gobernante supremo.

Tonalpohualli — Calendario ritual de 260 días.

Triple Alianza — Pacto de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan (1428), base del imperio.

Xiuhpohualli — Calendario solar de 365 días.

Línea de tiempo

1110 (tradición) — Salida de Aztlán e inicio de la peregrinación mexicana.

1325 — Fundación de México-Tenochtitlan en el islote del lago de Texcoco.

1376 — Acamapichtli, primer tlatoani de Tenochtitlan.

1428 — Derrota de Azcapotzalco y formación de la Triple Alianza (Tenochtitlan, Texcoco, Tlacopan).

1440-1469 — Reinado de Moctezuma Ilhuicamina; expansión del imperio.

1450-1454 — Gran hambruna; se institucionalizan las guerras floridas.

1486-1502 — Reinado de Ahuízotl; el imperio alcanza su máxima extensión.

1502-1520 — Reinado de Moctezuma Xocoyotzin.

1519 — Hernán Cortés desembarca en Veracruz; alianza con Tlaxcala.

1519 — Los españoles entran a Tenochtitlan (8 de noviembre).

1520 — La Noche Triste (30 de junio); muerte de Moctezuma.

1521 — Caída de Tenochtitlan (13 de agosto); fin del imperio

mexica.

1521-1821 — Época virreinal; el náhuatl es lengua franca de la Nueva España.

1821 — Independencia de México; el águila del mito fundacional inspira el escudo nacional.

1910-1920 — Revolución Mexicana; revaloración del pasado indígena.

1978 — Hallazgo fortuito que inicia el Proyecto Templo Mayor.

1978-2026 — Excavaciones del Templo Mayor en el corazón de la Ciudad de México.

Hoy — Más de 1.5 millones de hablantes de náhuatl; las chinampas de Xochimilco siguen en producción.

Bibliografía comentada

Soustelle, Jacques. La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista. Fondo de Cultura Económica. — El clásico de la etnohistoria: una reconstrucción vívida y rigurosa de la sociedad mexica en su apogeo.

León-Portilla, Miguel. Visión de los vencidos. UNAM. — La conquista narrada desde las fuentes indígenas; obra fundamental del pensamiento mexicanista.

León-Portilla, Miguel. La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes. UNAM. — El estudio definitivo del pensamiento de los tlamatinime.

López Austin, Alfredo. Cuerpo humano e ideología: las concepciones de los antiguos nahuas. UNAM. — Análisis profundo de la cosmovisión nahua: cuerpo, alma y cosmos.

Hassig, Ross. Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control. University of Oklahoma Press. — La guerra mexica como institución política y económica.

Berdan, Frances F. y Patricia Rieff Anawalt. The Codex Mendoza. University of California Press. — Edición académica del código: historia, tributo y vida cotidiana.

Matos Moctezuma, Eduardo. Vida y muerte en el Templo Mayor. INAH. — La arqueología del recinto sagrado de Tenochtitlan.

Townsend, Richard F. The Aztecs. Thames & Hudson. — Síntesis

visual y académica del arte y la cultura mexicana.

Códice Mendoza (c. 1541). Edición digital, Biblioteca Digital UNAM.

— Fuente primaria: el registro pictográfico del imperio.

La caída de Tenochtitlan, 1519-1521

El 8 de noviembre de 1519, Hernán Cortés y Moctezuma Xocoyotzin se encontraron cara a cara en Tenochtitlan. Menos de dos años después, el 13 de agosto de 1521, Cuauhtémoc era capturado y la ciudad más grande de América yacía en ruinas.

Este volumen reconstruye la caída año por año y defiende una tesis que lo cambia todo: la conquista no fue una victoria tecnológica europea, sino el resultado de decenas de miles de aliados indígenas y de un arma invisible contra la que ningún ejército podía defenderse: la viruela.